

¡Arriba los corazones!

Republicanos:

Incorporemos el cuerpo, que está encorvado, y el espíritu, que está abatido, y tengamos conciencia plena de lo que somos, valerosos y representamos. No para gritar constantemente, bullir arduamente, exaltar personalidades y lanzar ridículas bravatas, sino para poner toda la voluntad y todo el esfuerzo en la obra de la organización republicana. Sin llegar a ésta, será inútil cuanto hagamos ó intentemos. Y este, este es el momento de organizarnos. ¿Qué necesitamos para lograrlo? Que cada republicano que cuente con alguna fuerza la ponga al servicio de todos, no al de su ambición, su vanidad ó su conveniencia. La lección tremenda que acaban de darnos los sucesos de Barcelona, nos ha dejado esta enseñanza: disgregados, nada podemos; unidos, podemos atrevernos á todo.

Y digo que este es el momento, porque después de la cobardía... (dura es la palabra, mas no hay otra que exprese mejor la idea) de que hemos dado muestra *todos, todos*, desde Julio acá, permaneciendo silenciosos, inactivos, y bailando al son que nos tocaba La Cierva, se acabaron ya las leyendas de sí este vale más que aquél, y una agrupación menos que la otra... ¡No, no!... De los republicanos de relieve y renombre, todos hemos estado á igual altura en *prudencia*... Ninguno superior en *energía*. El rasero de la igualdad en el apocamiento ha pasado sobre todos, y ya ninguno tenemos derecho á decirle á los demás: *¡Yo, soy yo!* Desaparecieron de entre nosotros las categorías de valor y sacrificios, las especialidades revolucionarias... Y añadiré: los que más hemos alardeado de esa especialidad, somos los que peor hemos quedado. Yo el primero. Lo confieso arrepentido.

No, no tratemos de engañarnos. En punto á revolucionarismo, todos los republicanos que figuramos hoy un poco podemos llamarnos de tí. Han muerto los que tenían derecho á que se les estampara en su Hoja de Hechos lo de *valor, probado*, y quedamos únicamente los de valor: se *les supone*. Podrá haber entre nosotros semillas de heroes, pero sin haber brotado, ni menos echado flores, ni menos producido frutos. ¡Abajo, pues, desde hoy, la leyenda de los hombres de acción, hasta que los hechos se la concedan á algunos, ó á muchos!

Y siendo así, ninguno tenemos derecho en adelante á creernos por cima de otros en la escala revolucionaria, sin exponernos á que se nos responda con una carcajada de burla ó una frase de desprecio que nos ejecutan moralmente.

Haber permanecido todos callados, ó haber hablado tarde, mientras en el mundo entero se gritaba contra el gobierno español; haber permanecido sumisos, mientras los extranjeros protestaban; vertido á última hora palabras, mientras ellos vertían sangre; todo esto nos imposibilita para bravuconear ahora, y nos impone imperiosamente el deber de organizarnos de manera que no sea posible jamás la repetición de estas vergüenzas. Sólo así podremos acaso lograr que se nos perdone nuestra cobardía.

Y hablo de este modo, para ver si consigo llevar á mis correligionarios al convencimiento de que ya no hay pretexto, ni sombra de pretexto, para estar desunidos, y que la división de revolucionarios y no revolucionarios, de radicales y conservadores es completamente arbitraria. Los radicales hemos permanecido durante los sucesos de Barcelona hechos unos perfectos conservadores, y los conservadores han aparecido á última hora completamente radicales.

Si después de pasada la tormenta los conservadores callan, resultarán tan ridículos y despreciables como nosotros los radicales si chillamos. Y aun si se me apurara, diría que los conservadores que se han sentido revolucionarios ante el peligro, han quedado mejor que los revolucionarios que ante el peligro nos sentimos conservadores.

Pero no establezcamos comparaciones cuando tratamos de unirnos, y convengamos en que todos hemos faltado á nuestro deber, y por esto estamos hoy en perfectas condiciones para entendernos y rehacer nuestras huestes, como hace todo ejército después de sufrir una derrota.

Y estando ya todos al mismo nivel revolu-

cionario, mejor dicho, de incapacidad revolucionaria, confesémoslo honradamente; y partiendo de la base de nuestra individual impotencia, y de la impotencia de cada grupo ó fracción aislados, sacrifiquemos cada uno lo que debamos sacrificar para que el republicanismo, sin distinción de matices, se dé cuanto antes una organización sólida y poderosa que inspire confianza á los republicanos y ahuyente pesimismo en los que no lo son.

¿Que para esto hay que olvidar agravios? Se olvidan. ¿Perdonar torpezas? Se perdona. ¿Contraedecir afirmaciones? Se contradicen. ¿Hemos podido los unos aliarnos con los carlistas, asesinos de nuestros padres, y no vamos á poder reunirnos nuevamente á nuestros hermanos? ¿Hemos podido los otros contemplar con los brazos cruzados y las lenguas mudas la quema de conventos en Barcelona, y vamos á seguir condenando implacablemente á los que una vez faltaron á sus antecedentes?

¿Que no podemos fundirnos todos en el mismo molde, porque dentro de la República deben existir dos tendencias, la radical y la conservadora? Nadie niega eso; pero no tratamos ahora del *mañana*, sino del *hoy* que ha de traer ese *mañana*, y en ese hoy no caben, ni deben haber otro propósito, otra aspiración, otro credo, ni otra denominación, que la de *hacedores de la República*. Lo demás ya vendrá en su tiempo y sazón.

Calma, serenidad, y grandeza de alma para olvidar y perdonar, ya que todos necesitamos de perdón y olvido; pocas manifestaciones externas de entusiasmo efímero, y muchas voluntades al servicio de una labor fructífera; menos palabras en la boca y más arranques en el corazón; en suma, lo contrario que hasta aquí...

Y haciendo esto durante el tiempo necesario para que nuestros compatriotas se convengan de que hemos emprendido con seriedad y energía el camino que conduce á la revolución, de que tan necesitada está España, no ya sólo para redimirse moralmente, sino para dignificarse políticamente y normalizarse económicamente, tengamos por seguro que se pondrán resueltamente á nuestro lado; aquí no asustan ya á nadie los radicalismos; lo que asusta al mayor número, es ver que están representados esos radicalismos por hombres que ni ante el enemigo se unen, ni se conciertan, ni se hermanan...

A organizarnos, pues. De no aprovechar esta ocasión, perdamos toda esperanza de contribuir á la salvación de España, y saboreemos de antemano la humillación y la vergüenza de verla repartida entre dos ó tres naciones; que á esto se llegará, y acaso en plazo breve. Y lo tendremos bien merecido. Pues cuando un pueblo ve sin sonrojarse que otros pueblos derraman su sangre y protestan airados contra los gobiernos que le ahogan, explotan y envilecen, mientras él apenas se atreve á lanzar ridículas quejas, ese pueblo degradado no se pertenece ya; pertenece á los que lo han conquistado moralmente.

Y si los hombres que adquirimos renombre y autoridad por presentarnos como salvadores de ese pueblo, nos negásemos en esta hora suprema á entendernos y concertarnos lealmente para salvarlo, quedaríamos por bajo de los mismos que lo tiranizaron. Y quedaríamos por bajo, porque á la infamia de envilecerse que cometieron ellos, uniríamos la villanía de haberle engañado.

Yo no dudo que nos redimirémos por virtud de la organización. ¡Oh! No. Si lo dudara, rompería esta pluma que constituye todo mi patrimonio intelectual y material, y me retiraría á un rincón á llorar en la miseria la equivocación de una vida consagrada á combatir lo que crecía al compás de mis ataques: el clericalismo; á impulsar lo que bullía sin moverse: el republicanismo; á luchar contra lo que enervaba ó paralizaba fuerzas redentoras: la farsa, la mentira y el interés personal. Afortunadamente para mí fe en el ideal, ese pesimismo que á ratos me invade dura muy poco, y vuelvo á la lucha con más ardimiento y más esperanza.

Republicanos:

A organizarnos, para evitar que un día puedan arrojar sobre nuestras frentes ese estigma.

Y alcance más mañana el que más sacrifique hoy.

JOSÉ NAKENS

Alejandro Lerroux

Está ya en España. Sea bien venido. Llega en unos momentos en que puede contribuir más y mejor que nadie á la organización republicana.

Su situación es difícil, mas confío en que salga de ella cual cumple á su probado patriotismo y su amor á la república.

Y confío, porque tiene bastante talento y bastante sentido político para no comprender que las circunstancias del republicanismo han cambiado mucho durante el tiempo que él ha estado fuera de España, y que hoy ganará más en la opinión el que más sacrifique en aras de la unión y la concordia, indispensables para establecer una organización sólida que nos permita utilizar la fuerza inmensa que poseemos, y que nunca fué, ni bien concentrada, ni bien manifestada, ni bien aplicada.

La situación de Lerroux, lo repito, es difícil, mas por lo mismo le dejará más gloria si el acierto acompaña á la actitud que adopte, lo que de todas veras le deseo.

Los socialistas

Han entrado en un período de tranca y abierta hostilidad contra la política vaticana del gobierno caído, y se deciden á luchar en todos los terrenos contra el maurismo, hasta soterrarlo, y contra todos cuantos, directa ó indirectamente, trabajen por la reacción que ha llevado al país á la bancarrota económica y al desconcierto político.

Reunida en la noche del 30 del pasado mes la Agrupación Socialista Madrileña, organismo que cuenta con más de mil doscientos afiliados, aprobó, con la sola discrepancia de tres abstendidos, la conducta del Comité Nacional de su Partido, en todo lo referente á la alianza con los elementos radicales y republicanos para derribar al gobierno maurista, y acordó facultarle para que realice toda clase de coaliciones con los partidos afines para la defensa de las libertades conquistadas y la reivindicación de las muchas de que se halla necesitado el pueblo español, autorizándole, con un voto de confianza, para que pacte con la representación nacional del Partido republicano la alianza electoral en las elecciones municipales y legislativas.

Estos acuerdos y este voto de confianza serán, sin duda alguna, ratificados por todas las agrupaciones socialistas de España, á las que se ha dirigido el Comité Nacional por medio de un cuestionario que deberá ser contestado antes del día 15 del corriente mes.

Aunque tarde, han entrado los socialistas en el camino que tantas veces les señalé; los felicito, y deseo que todos los republicanos les demuestren, con actos de solidaridad democrática, que únicamente los combatíamos por la actitud que mantenían y los ataques que continuamente nos lanzaban.

Y ahora, todos á una contra el enemigo común.

AL DE LA GOBERNACION

Sr. Ministro:

Sigo vigilado constantemente por la policía, de día como de noche. Cuando no dos, hay un individuo constantemente á la puerta de mi casa.

No me preocupa, pero me molesta, sobre todo, por sospechar que los liberales no se atreven á romper ni con los absurdos de los conservadores.

Aun cuando en este caso me inclino á creer que sea cosa exclusivamente del jefe de la policía, hechura de La Cierva, para pasar por previsor y hacer méritos en alguna parte; sin advertir que, antes que de celoso, da con esto indicios de no tener gran seguridad en las disposiciones previsoras que adopta, cuanto se refuerza contra la contingencia improbable de que un anarquista venga á España, cometa un atentado y acuda luego á pedirme amparo, absurdo que no se concibe después de lo de 1906.

Mas pasando por el absurdo, y concediéndole al Sr. Alanís el derecho á tomar todas las precauciones que quiera, me permito advertirle que su principal deber no es el de vigilar mi casa para prender al anarquista que pudiera acercarse á pedirme am-

paro, sino el de impedir que alguno se viera en el caso de tener que pedirme, pues esto haría recordar el adagio de que á la liebre ida, palos en la cama.

Por lo tanto, Sr. Ministro, acudo á usted en demanda de que se sirva interrogar á ese celoso funcionario, y si no existieran otras razones (esas son las que á mí han llegado) para mantener esta vigilancia, le ordenase que la levantara, á fin de que no cayese sobre el gobierno la nota ridícula de *hacer que hacemos*, como cayó sobre el conservador.

Ahora, si las razones fueran otras, que continúen los vigilantes á mi puerta, *aguantando la nieve y el frío*, como la castañera de la canción, ya que continúan á las de La Cierva y Maura, y están á las de algunos de los actuales ministros.

De esta manera me daré tono de persona, aunque del género peligroso.

Favor que espero alcanzar de la reconocida rectitud etc., etc.

COMPASION

Me la inspiran hoy muy profunda los hombres que, desde un cargo elevado, ó desde un periódico, ó declarando en el sumario, han vertido palabras duras ó conceptos equívocos que hayan podido influir en el fusilamiento de Ferrer.

Me pongo en su lugar, y me horroriza la idea de que hubiera yo podido, por debilidad, venganza ó móvil interesado contribuir á que un semejante mío fuese ejecutado.

Vería á toda hora, en todas partes, alzarse ante mí su figura ensangrentada, y se me haría imposible la vida.

Pero quizás me equivoque en esto como en tantas cosas, y los que han obrado como indico, no sientan remordimiento alguno.

Los que blindan su conciencia con lo que llaman cumplimiento del deber profesional ó político, son invulnerables á las acometidas del sentimiento, al par que sordos á los gritos de la Justicia que no figura en Códigos.

Periódico nuevo

El Trabajo se titula y es órgano de la Sociedad de albañiles del mismo nombre y defensor de la organización obrera. En un estudio de las deficiencias que puso de relieve la huelga general del 2 de Agosto, dice:

«Ni pueden ni deben—dice—las Sociedades de resistencia abandonar en un partido político determinado, así éste, por sus ideales, sea afín de ellas; pero como fuerza colectiva tienen hoy la obligación ineludible de ponerse desde luego, y de un modo activo, al lado de cuanto sea conservar, consolidar, ensanchar y perfeccionar el caudal de derechos conquistados, sin los cuales, no le redención total, el más leve mejoramiento es imposible.»

«Es la huelga general un arma poderosa y «perfectamente legal», aunque discreta y oportunamente empleada; el estado excepcional, cortando toda comunicación de los organismos directores con la masa, puede romper este arma, y es preciso que esto no vuelva á ocurrir.»

«¿Cómo? El 2 de Agosto hubo poblaciones y organismos que respondieron perfectamente á lo que de ellos se requería, y hubo otros que no; averiguando el por qué de estas diferencias se dará con la solución del problema.»

Si queremos vivir, si queremos continuar la gloriosa y fecunda tarea de mejoramiento, elevación y dignificación que hasta hoy y con los obstáculos tradicionales pudimos realizar, es absolutamente indispensable que vivamos resueltos á poner la potencia de las organizaciones al lado de la libertad.»

Ocupándose de los últimos sucesos:

«*El Trabajo* saluda cordialmente á los presos, desterrados y emigrados con motivo ó con pretexto de los sucesos últimos; declara su solidaridad con ellos, y por bien suyo, y de la causa del trabajo, los desea fervientemente la pronta vuelta á la libertad y á la lucha.»

Ante la tumba de Ferrer y de las demás víctimas de la represión descubre su cabeza.

Admira y agradece la hermosa explosión de solidaridad de los pueblos.

Y excita á todos á que contribuyan con donativos á mitigar las penalidades de los perseguidos, para cuyo fin tiene abierta suscripción *El Socialista*.

Mi saludo al nuevo colega.

EL HEREDERO DE FERRER

Lorenzo Portet

He aquí en ciernes un personaje que desde ahora va a representar un papel importante en la vida mundial, y principalmente en la vida de España. Su estudio es interesantísimo; desde hace años ejerce influencia vivísima en la actividad anarquista internacional, menos visible que eficaz.

Yo voy a presentarlo al público. La primera consecuencia que vamos a sacar es en favor de las escuelas laicas y contra la enseñanza monástica. Portet es un hijo purísimo, sin tacha ni cercén, entero y verdadero, del Instituto de... ¡agárrate lector para no caerte!... de los Hijos del Inmaculado Corazón de María... Sí; de esos del padre Claret... Eso es; de esos que suelen tener cara de corderillos imbéciles, recién caídos del nido... De esos entreverados de fraile y de jesuita, tan pronto Campazas, tan pronto Butrones. De esos matalas callando... ¡De esos, de esos! que son la quinta esencia de fraile y la sexta esencia del jesuita. ¡De esos es Portet! Y no como quiera, sino profeso, si mal no recuerdo; y no sólo lego, sino ¡clérigo...! Y salido del cogollo central del clericalismo gazmoño y pacato, del riñón más duro del eclesiasticismo, ó sea ¡de Vich!...

Ten paciencia, lector querido, que la cosa tiene meollo.

Erase en aquellos buenos tiempos del año 1884 á 1886. Encontrámonos estudiando en Vich una porción de chiquillos que, á la hora presente, y cada cual por su lado, estamos siendo medio personajes. Vicente Compte, hoy jesuita de lo más visible en Filipinas; Buenaventura Escoler, dominico y no palurdo; Ramón Serra, agustino, el más barrigudo de cuantos vió la Orden, hermano de otros dos agustinos, de un presbítero saltatumbas de Barcelona y de dos ó tres monjas, ¡ya es prole levítica! Abadal, hermano del jefe de la Lliga, y jesuita; los tres hermanos Blanch, de los cuales uno es catedrático de *Cuestiones difíciles* en la Universidad Pontificia de Tarragona y otro superior de la Casa-Misión de Barcelona, la que ardió en Julio; los tres claritas, ¡otra familia! Joaquín Pericas, uno de los jefes del carlismo barcelonés; Luis de Más, representante de D. Carlos en Buenos Aires; Narciso Verdager Callís, el primo de mosén Cinto, hartó famoso; Andrés Serra, jefe del radicalismo en el distrito de Vich, y otros, más ó menos visibles, de quienes no me acuerdo.

Callís estaba entonces acartonado, muy grave él, muy tieso, muy primo de su primo, mu y mestizo, adorador del poder, poeta intermitente, fundador del *Almogávar* y saléite de Jaime Collell, director de *La Veu del Montserrat*, de la cual nació como brote *La Veu de Catalunya*, al principio semanal y luego diario, el mismo que tanto ruido está metiendo. Collell es el autor de muchas y muy buenas frases; la mejor de todas ellas es este grito separatista y archirevolucionario:

«Poble que mereix ser llibre, si no h' donan s'ho pren.» (1)

Yo era carlista recalcitrante.

El carlismo de aquel país intentó celebrar el nacimiento de Alfonso XIII echando al campo sus huestes. En Vich conspirábamos; el jefe era D. Luis de Más, coronel del Estado Mayor de D. Carlos, ingeniero-inventor de un sistema de puentes militares, etc., etcétera; su adláter era un capitán que había sido de Miré, y á la sazón fabricante de hiecos. En un cobertizo de su fábrica nos reuníamos los conspiradores, de los cuales me tocaba ser el Benjamín: el más joven (diez y seis años), pero el más intrépido, como hijo y nieto de cabecillas. Este abolen-go (el Sr. Nakens me lo perdonará, pues mi abuelo pagó sus cuentas siendo fusilado) y mi entusiasmo, me hacían medio cabecilla carlista en el seminario de Vich. Como tal, detestábamos entrañablemente á Callís y á Collell, y á su jefe y protector Morgades.

Nuestra amistad formaba un círculo de zonas concéntricas, de primero, segundo y tercer grado. El verdadero núcleo lo componíamos el angelical Jaime Benet (menudo él, activo, ejemplarísimo, el mejor talento que he conocido: la Iglesia se lo ha esterilizado; es vicerrector del Seminario de Solsona, cuando debía ser Papa hace años), el terrible, impetuoso y avasallador Lorenzo Portet, recién salido del Corazón de María, y este su servidor, tres años más joven que ellos.

Los tres nos constituimos en una especie de comité secreto revolucionario para echar á pique al omnipotente obispo Morgades y

á su astuta camarilla. Ahora, aquel proyecto me parece maravilloso. ¡Tres mocosillos sin un perro chico abrigábamos el plan de derribar los Goliats del capital, del poder político y de la inquina religiosa! Que sí; es cosa admirable.

Yo era el más idiota de los tres, y por lo mismo el más osado: un Cierva en miniatura. Al poco tiempo arrastráramos los 1.500 alumnos del Seminario; Callís y su escuela quedaban reducidos á media docena, que nos servían de cabeza de turco. Los alumnos arrastráramos el profesorado, salvo tres ó cuatro ambiciosillos; claustro y alumnos arrastraban parte del Cabildo, y entre unos y otros llegamos á poner la ciudad hecha una delicia: el obispo era reputado hereje, masonizante, corruptor y heresiarca.

Morgades tenía buen olfato policiaco. Descubrió el origen nuclear de aquel cisma. Un día llamó á Benet y á Portet para darles una severa reprimenda. El asunto Galeote estaba sobre el tapete público; Morgades les amenazó con el rayo de sus iras: un obispo se cree siempre facultado para ultrajar, escarneecer y pisotear á sus seminaristas. Pero aquellos discípulos tenían conciencia de su dignidad de hombres. Morgades debió ver en ellos el germen de Galeote y les increpó:

—¿Acaso os proponéis imitar á Galeote? Portet respondió:

—¿Lástima que no haya en España una docena de Galeotes...

Para decir esto, Portet debió fruncir sus grandes cejas negras y condensar en sus pupilas el fuego que hacía de sus ojos dos puñales y de sus miradas dos relámpagos. Y Morgades debió sentir penetrar en su alma voluptuosa la fría hoja del puñal y el rayo laminante de la mirada.

Morgades nos juró guerra de muerte, guerra felonía, cruel, como propia de la autoridad; este odio implacable, malvado é impío convirtió al hijo del Corazón de María, al seminarista aventajado, al entusiasta del integrismo católico y al enemigo de los herejes, en rebelde latente, en odiador de la autoridad inmoral, porque, si, es preciso saberlo: nuestro ardor era todo por la integridad de la doctrina católica que entonces comenzaban á falsear León XIII y los obispos secuaces suyos, no para liberalizarla, según algunos creen, sino para ajustarla, para centralizar en la autoridad toda la vitalidad religiosa y establecer en la Iglesia como única regla de fe la *obediencia ciega*, inconsciente y bestial, cuyas raíces echó León XIII y cuyas últimas consecuencias está extrayendo Pío X.

Salieron de la cámara episcopal los amigos, contáronme lo ocurrido, y sobre la marcha acordamos publicar un semanario, *L'Independent*, cuyo lema, contra el de *La Veu*, «pro aris et focis», era: «Deu, Patria, Furs.» (1) Portet se encargaba de la parte *foral*, Benet de la científica y literaria, yo de la política palpitante. El programa lo escribió Portet.

Ellos, como más avisados, rehuían la responsabilidad de la discusión, con la cual cargué buenamente; para lograr el permiso del alcalde hubo de añadir unos años á los de la cédula, falsificación inocente. Salió el periódico, endemoniáronse los enemigos y estalló una guerra sin cuartel.

A los cuatro meses Portet había de huir las iras episcopales desapareciendo de España; Benet había de desterrarse á Barcelona y yo había de refugiarme en Castilla.

Pero antes de separarnos celebramos una junta.

Portet presentaba su futura personalidad. Su aspecto era terrible. En su mirada brillaba una amenaza formidable, indefinida, que se diluía en el espacio. Algo así como la mirada de un león que se siente lleno de fuerza y lleno de justicia, fustigado en el rostro y atado en jaula irrompible.

Díjeme á Benet:

—¿No ves cuánto se parece á Robespierre?

Y luego la amenaza fulgurante de sus ojos pasaba á la boca: dilatada sus mentados labios dibujando una risilla de emplazamiento terrible. Reía; en su cerebro se agolpaba como sobre la derrota del impotente de hoy el barrunto de un triunfo lejano. Aquella risa era la expresión sintética de este barrunto de venganza satisfecha y de la sensación de la actual ignominia. Y díjeme á Benet:

—¿Cuánto se parece á la de Voltaire esa risilla!

Y Portet desapareció: su primera noticia me vino en un diario: el hijo del Corazón de María y el seminarista modelo, aparecía como jefe anarquista en Liverpool. ¡La obra de Morgades daba su fruto! El ultraje inferido al niño, asomaba en el hombre.

Para ir á Castilla necesitaba yo los certifi-

(1) Dios, Patria y Fueros.

cados de estudios. Hube de pedirselos á Morgades.

Entré en el palacio en el momento en que iba á salir el obispo; bajaba los últimos peldaños de la escalera. Desde el de abajo yo me sentía más pequeño que de costumbre; desde el de arriba él se sentía más alto.

Mientras me daba á besar el anillo y me bendecía con la mano, con los labios me fulminaba la maldición:

—Yo te impediré la carrera ó te doblegaré—me dijo.

Miréle; sentí en mi frente el latigazo soez del prepotente sobre el indefenso. Vi desfilar por delante de mi mente los años como en vértigo; sentí que un día el niño sería hombre y el hombre sería viejo. Respondíle en tono de respeto en los labios y de emplazamiento en la mirada:

—Lo veremos... señor obispo.

Y nos sonreímos ambos.

Quince años más tarde Morgades moría junto al balcón en el momento de pasar y por la plaza; acompañábame el arcipreste de Sabadell. La enfermedad del obispo fué muy rara. Me acordé de Portet. Poco tiempo antes de morir me había preguntado por él Morgades.

—¿Portet?—díjeme.—Está siguiendo el camino á que le empujó vucencia... y llegará, creo yo...

Ya ha llegado.

Moraleja: «Los Portet son de fabricación exclusiva de frailes hipócritas y de obispos tiranos.» Se educan en los conventos y seminarios y no en las escuelas laicas. Salen de los emporios del clericalismo, como Artal, el asesino de Maura; Salas, el asesino de Casañas; Morral, el regicida; Galeote, el asesino de Izquierdo; Le Bon, terror del clero francés.

Et menc... intelligite... ect erudim ni; el ultrajado por Morgades en 1886 en Vich, es el heredero de Ferrer en Liverpool en 1909.

S. PEY ORDEIX

Un artículo notable

Ha producido sensación éste de Alomar. Y, como pide á todos adhesión, le envío la mía.

A la ciudad y al mundo

Después de todo, yo no aligeraría bastante mi conciencia si no gritase: yo, ciudadano español y ciudadano del mundo, declaro, delante de España y del mundo, no estar convencido aún de la culpabilidad de Ferrer.

Y ahora, virilmente, hablemos.

Amigos míos: las Cortes están abiertas. El país, en su representación legislativa, tiene un oído abierto á las peticiones de sus representantes. Es el momento; ni un minuto más debe esperar. Os invito á unir vuestra voz á la mía para presentar ante el país un «yo acuso» contra el gobierno responsable.

La Constitución, en lo que resta de ella, señala al poder ejecutivo como la entidad en la que se puede hacer efectiva la responsabilidad. Ahora bien, sea ésta nuestra voz: Gobierno de España, ¿qué has hecho del poder que te hemos confiado?

Nosotros acusamos al gobierno responsable por haber acumulado sobre nosotros todas las tristezas imaginables que pueden pesar encima de la cosa pública. Primeramente, una aventura exterior, inacabable, sangría abierta que nadie puede prever cuándo se cerrará; después un conflicto interior, pavoroso, en medio del cual todas las libertades han naufragado; después, la deshonra delante de todo el mundo civilizado.

La nación, aturdida, estupefacta, ha podido callar hasta hoy convección de la fiebre. Ya no. Pudo callar mientras no se trataba más que de la libertad y de la vida; hoy, que se trata del buen nombre y de la honra, del pudor y de la vergüenza nacionales, es inútil hacernos seguir callados.

Nada vale que la prensa esclava, la prensa servil se empeñe en seleccionar para la opinión los recortes de la prensa clerical y regresiva de todo el mundo para desvirtuar las cosas. Nada significa que la mala fe llegue á extraer con pinzas los párrafos, aparentemente favorables, de periódicos como el *Times*, de Londres, para que nos sean conocidas las violentas reprensiones. Nada vale que se trate una vez más de «apaches» á las figuras más excelsas del pensamiento contemporáneo, llenas de ira contra nosotros. ¡No sentís, ciudadanos, este grito multiforme, este chaparrón de imprecaciones, este rumor inmenso de protesta? ¡Es Europa, que nos borra, como ha dicho el *Berliner Taggeblatt*, de la lista de las naciones civilizadas!

Nosotros acusamos al Gobierno de haber presentado á España á los ojos del mundo como culpable de regresiones espantosas y siniestras, para que el mundo la aborrezca. Es el gobierno responsable el que ha

ofrecido el nombre de la nación, armando, indirectamente, las iras de las multitudes universales. Nosotros rechazamos, en nombre de la España libre y consciente, las imprecaciones no dirigidas, ciertamente, á nosotros, y las enviamos al banco terrible de las responsabilidades ministeriales, á ese banco salpicado de manchas rojas...

Una vez más, la solidaridad internacional, por la libertad y por la justicia, ha hecho su obra. Por encima de la diversidad de fronteras y pueblos, la hermandad, la fraternidad, el tercer lema de la divisa revolucionaria francesa, responde al grito de alarma, y habla por la nación amordazada. Habla, y un grandioso grito de la prensa libre de todas partes, como en los tiempos de Dreyfus, aboga por la España, señora de sí misma, soberana de sus propios destinos.

¿No lo veis, no lo observáis? Son los últimos estremecimientos de la Iglesia. El monstruo venido en todas partes, expulsado de las naciones, se encarna hoy con España, su última presa, y hay en este espectáculo un no sé qué magnífico de tragedia. Pero los tiempos nos dan la victoria, pese á todos los retrocesos aparentes de un día, de una hora, de un minuto.

Vosotros, amigos míos de siempre; vosotros, en primer lugar, hermanos, catalanistas de la izquierda, que habéis puesto sobre mi cabeza coronas no merecidas más que por lo intenso de mi amor á nuestra comunal ciudad; vosotros también, radicales, enemigos de ayer, los no tocados por la vileza de las traiciones en momentos de prueba; vosotros, en fin, liberales de toda España, dinásticos, republicanos, socialistas; vosotros, elegidos del pueblo; vosotros, intelectuales, poetas, pensadores que habéis visto galantemente en mi obra un no sé qué de alado volando sobre la baja letra de cada día; vosotros, periodistas, mis compañeros; vosotros, en fin, ciudadanos desconocidos, jóvenes, ó viejos, ligados á mí por una amistad confirmada en la callada conversación conmigo que cada artículo os lleva, ¡alzad los corazones! Unid vuestras voces á la mía, con impulso de bondad, en reivindicación de la honra nacional puesta en duda ante el mundo.

El gobierno se ha proclamado, enfáticamente, mandatario de Europa en el Rif, en nombre de la libertad, de la civilización, de la humanidad, y ved cómo, por otra parte, él mismo vuelve á poner los Pirineos como límite septentrional del Africa y convierte en africanización (¡oh, inefable Unamuno!) esta alta empresa de europeización de que hablaba Joaquín Costa.

Quisiera concretar en unos cuantos gritos toda mi ansia. Y como veo en nuestra causa una reivindicación de los prestigios nacionales ante nuestros representantes, no encuentro otras explosiones del corazón que estas: ¡Viva Cataluña, la verdadera, la que ahora muere bajo las flagelaciones durísimas! ¡Viva España, la verdadera, la que ahora muere llena de estupefacción! ¡Viva Europa, la que ahora barre las fronteras á su entrada vivificadora en tierra española! ¡Viva la humanidad! ¡Viva la solidaridad de todos los ciudadanos, la intervención pacífica entre todas las naciones, por la justicia, por la paz, por la libertad!

Yo os pido á todos, amigos míos de toda España, la oferta de una palabra, de una cuartilla, de un grito...

¿No lo conseguiré? ¿Toleraréis que alguien piense que sois indignos de democracia, indignos de la libertad perdida, de la libertad que otras naciones, para vergüenza nuestra, demandan hoy para vosotros?

GABRIEL ALOMAR.

LA ACUSACIÓN EUROPEA

«Nuestro gran interés»—decía el señor Moret hablando de la agitación pro-Ferrer, en el segundo de sus discursos admirables en el debate reciente del Congreso de los Diputados—«es que, haciéndose la claridad completa, la opinión de Europa se modifique.»

Para que ahí os deis exacta cuenta de cómo está planteado el problema en el extranjero, es necesario que en España se conozcan los cargos que contra nosotros se formulan, y la mejor manera, por lo que hace á Inglaterra, es reproducir los que expresa en su último número el semanario *The Nation*, que es el órgano de la intelectualidad del liberalismo británico, ya que, hasta ahora, en ningún otro periódico los encuentro mejor sintetizados y ordenados.

Estos cargos son de dos órdenes: los unos se refieren á la reputación de intolerantes respecto á las ideas que tenemos en el extranjero, á nuestra «mala fama», de que hablaba recientemente «Andrenio» en las columnas del *Nuevo Mundo*.

«Se cree—dice *The Nation*—que el gobierno español, cediendo á la influencia clerical, ha empleado una parodia de juicio para exterminar á un hombre inocente, cuyas enseñanzas se oponían á sus intereses.»

A juicio de *The Nation*, los textos de la Escuela Moderna se inspiraban, al juzgar de las religiones y formas de Gobierno, en el criterio de Herbert Spencer y de Huxley, que actualmente defiende en Inglaterra Mr. Edwar Clodd; pero aunque los más de los ingleses protestan contra ese género de enseñanzas, nadie piensa en acabar con ellas

(1) «Pueblo que merece ser libre—si no se lo dan se lo toma.»

por el procedimiento de fusilar á Mr. Clodd. Los más de los defensores del Gobierno Maura, á juicio de *The Nation*, no se metieron á averiguar si Ferrer era ó no culpable de los sucesos por los que se le juzgaba; les bastaba con saber que era un enemigo de la Iglesia y el Estado, tal como se entiende en España, para aplaudir su muerte, como la de cualquier otro hereje ó rebelde. Pero esa doctrina no se acepta por la mayor parte de la Europa moderna, fuera de los Círculos gubernamentales de Rusia, y aunque debió pesar en las decisiones del Consejo de guerra que condenó á Ferrer, tampoco en España se considera suficiente para justificar la muerte de un hombre, como lo prueba el hecho de haberse intentado demostrar la complicidad activa de Ferrer en el alzamiento de Barcelona.

Ya hemos pasado del cargo general de intolerancia formulado en el extranjero contra España, al cargo concreto de no haber procedido en el juicio de Ferrer con arreglo á los principios universales y eternos, que regulan la administración de justicia en los países civilizados.

Ahora debo decir, para inteligencia del público español, que en el extranjero no se comprende nuestro sistema de Tribunales militares. Aquí funcionan también, en momentos extraordinarios, Consejos de guerra contra paisanos; pero es sólo cuando se coage á un rebelde con las armas en la mano. Entonces se le juzga sumariamente y se le fusila á las pocas horas. Cuando se trata de depurar culpas dudosas, no se concibe otro procedimiento que el del examen y contraexamen detenido é imparcial y ajustado á las habituales garantías de los cargos que se formulen.

Los ingleses no comprenden que se pueda decir, para tranquilizar la conciencia europea, como dijo el Sr. Maura, en palabras recogidas por el Sr. Moret: «La ley podrá considerarse necesitada de reforma; pero la ley es ley, y ningún Tribunal pudo obrar de otra manera.» Esto no satisface aquí á nadie, y al contrario, agrava el cargo contra España, porque si esa manera de aplicar la ley pugna con los principios de justicia, las frases del Sr. Maura equivalen á decir: «No se trata de que hayamos cometido un acto arbitrario, se trata de que vivimos en un sistema y en un régimen de arbitrariedad.» Las palabras del Sr. Maura, interpretadas aquí de ese modo, constituyen un cargo más grave contra el Estado español, que todas las dichas en los mítins y manifestaciones del extranjero en estos días de bochorno.

Ahora bien, los cargos concretos formulados por *The Nation* contra el juicio de Ferrer, son:

1.º Que el Tribunal no consintió que se llamara á nuevos testigos ni que fuesen debatidas debidamente las declaraciones de los testigos de cargo.

2.º Que los juzgadores, un teniente coronel y seis capitanes, no podían tener otro conocimiento de las leyes y del valor del testimonio, que el acostumbrado en militares profesionales.

3.º Que no fueron examinados debidamente los cargos leídos rápidamente por la acusación, después de haberse empleado cinco semanas en recogerlos.

4.º Que muchos de esos cargos eran ajenos al asunto, pues consistían en proclamas fechadas hacia diez ó veinte años, en cartas de masones, librepensadores y revolucionarios extranjeros y en párrafos de libros publicados.

5.º Que buena parte de estos cargos habían sido ya examinados y juzgados de ningún valor por el Tribunal civil que había absuelto á Ferrer hace dos años, en juicio donde se había demostrado que Morral consideraba á Ferrer como «á un simple que se figuraba poder hacerlo todo con palabras».

6.º Que habiendo desmentido Ferrer el testimonio de los testigos que dijeron haberle visto incitar al pueblo á proclamar la República, y figurar entre los rebeldes del día 27 de Julio, después de haber visitado la redacción de *El Progreso* el día 26, habiéndose quejado su defensor en el juicio de que se admitieran delaciones anónimas como evidencia del cargo, y se aceptaran las opiniones de personas sin garantías suficientes de veracidad, era esencial que los testigos compareciesen ante el tribunal, y que se concediese á la acusación y á la defensa oportunidad de examinarlos cuidadosamente.

7.º Que no se hizo nada de eso, pues se redujo el juicio á la lectura de los cargos, sin que se depurasen en ninguna forma, al discurso de la acusación y al de la defensa, lo cual ha hecho decir á un periódico tan hostil á Ferrer como *The Times*:

«Sea cualquiera la integridad de carácter de quienes administren este sistema, las garantías de justicia que ofrece son insuficientes, ante la gravedad del caso, con arreglo á las nociones inglesas.»

Dice *The Nation* que el Sr. Maura ha dicho que el Gobierno posee ulterior y convincente evidencia. «Públicamente por todos los medios, para satisfacción de su conciencia y de su propio crédito; pero no puede admitirse esa evidencia después del juicio, y será ya difícil que el mundo se convenza!»

The Nation acaba diciendo que, á su juicio, se ha condenado á Ferrer, no por su participación en los sucesos últimos de Barcelona, sino por considerarse un «hombre peligroso». Y por hombre peligroso suelen imputar los funcionarios públicos al que se

les opone en política, como los clericales entienden al que se les opone en doctrina.

España necesita conocer todo esto, y aún mucho más, todo, absolutamente todo cuanto de ella dicen en el extranjero los diarios y revistas que gozan de reputación mundial por su seriedad, para poder defenderse de las acusaciones que contra ella van dirigidas.

Ignorándolas, no podrá defenderse bien, y yo creo que el Gobierno está obligado, en bien de todos, á mandar hacer un completo resumen de cuanto se ha escrito con motivo del asunto Ferrer, para estudiarlo á conciencia y adoptar las resoluciones que sean pertinentes.

Ese sería el único modo de poder salir al paso de las campañas apasionadas en uno y en otro sentido, demostrando á Europa que procedemos serena y reflexivamente.

Informando á España lealmente de cómo piensa Inglaterra, y enviando los juicios favorables y los adversos, creo cumplir deberes de patriotismo y de conciencia.

RAMIRO DE MAEZTU

Londres.

La moral del dinero

—Un ejemplo... Al entrar anteayer en el campo de aviación, cuyas sesiones se hallan en la plenitud de los tiempos, contando todos los días con más de doscientos mi espectadores, mi primer encuentro fué con una española ita que despertó mucha curiosidad en Biarritz en los últimos días de Septiembre.

—Historia interesante... —Historia vulgar... la misma historia de siempre. Pero la española, pequeña de cuerpo, morena, agraciada, simpática, con su «allure» parisienne, por vivir hace tiempo en París, se presentó en Biarritz molestando. Debía estar en un mal cuarto de hora de su vida. A los pocos días había triunfado.

—Cambios de la fortuna... —Tropezó con un ruso rubio, joven, con rizadas barbas y rizadas melenas, poseedor de un automóvil que metía miedo, derrochador de dinero, cuyas ganancias y cuyas pérdidas en la sala de juego se contaban por cientos de miles de francos... y esa fué su suerte.

—Lo de siempre... —A las pocas noches se presentó en el Casino la española con espléndidos atavíos. Dos días después había desaparecido del escaparate de uno de los principales joyeros de la plaza de la Mairie una joya que llamaba la atención, y en seguida se supo que había sido comprada por el ruso y había constituido uno de los primeros regalos para su nueva amiga. Anteayer se presentó la española en el concurso de aviación de París en un automóvil de 120 caballos, adornándose con soberbias pieles de armiño. El ruso la acompañaba.

—Una verdadera «entente cordiale»...

Juan de Beçon, en «La Época».

Esto, que es una historia liviana, que es una historia indecente, se ha publicado en *La Época* y lo habrán leído numerosas doncellitas de nuestra aristocracia, educadas en el Sagrado Corazón, afiliadas en la Adoración nocturna, congregantes de San Luis Gonzaga y de la Purísima Concepción. En el mismo artículo, á cont nuación de ese relato, Juan de Beçon, conservador terrible, fiero enemigo de los revolucionarios y anatematizador de la escuela laica, cita á numerosas damas, marquesas y duquesas que estaban allí, donde estaba la española pobre y deshonrada con el ruso millonario y vicioso que la deshonró.

No es la primera vez que Juan de Beçon trae á las columnas de *La Época* esas historias galantes y *La Época* las publica encantada de la frívola amenidad de su cronista parisién.

¡Pero eso es inmoral!—dirá el pobre lector burgués, que no ha roto en su vida un plato, temeroso del castigo de Dios y del desprecio de la sociedad.—El burgués español no quiere acabar de convencerse de que todo eso de la moral, con otras muchas zarandajas, son un puro convencionalismo.

La medida de la moral de estos pueblos, educados por el catolicismo, y de esta civilización que se proclama definitiva, es el dinero. Hay cosas que hechas por un duro son una gorrinada y un envilecimiento y una degradación y exigen el cuidado de la policía; pero hechas por mil pesetas ó por puro vicio entre aristócratas son un juguete elegante, un colmo de distinción que merece comentarse en los salones y contarse en los periódicos. Una joya comprada en Biarritz tapa más y mejor cualquier inmoralidad que la hoja de parra con que quisiera cubrir su desnudez nuestra madre Eva.

Y esto tiene en nuestras sociedades una honda raigambre; está en la entraña de ellas mismas. Es que la inmoralidad es una cosa agradable y placentera, y en nuestro régimen social sólo los ricos tienen derecho al placer y al goce. Por eso lo que abajo infama, lo que abajo es prostitución, arriba es *flirt* y *sport* y tolerable pasatiempo. Ocurría exactamente lo mismo en Grecia y en Roma, en pleno paganismo; como que la carne de esta mala bestia que llamamos hombre es la misma, bajo todas las religiones. Con-

tra esta desigualdad inicua protestó Cristo, y el protestar le costó que lo crucificasen como á todos los redentores. Y bien se ve que todo ello no ha servido para nada. En nuestra sociedad católica Petronio sigue siendo Petronio y sigue teniendo derecho á la bañal.

Lo inmoral, pues, no está en los actos que se cometen, ni siquiera en el escándalo con que se cometen—como afirman los jesuitas,—sino en la falta de dinero de quien los comete.

Ahí está para probarlo la frecuencia con que *La Época*, conservador, católico y pudibundo colega, cuenta aventuras amorosas de la aristocracia, de las gentes que gozan sin tasa el placer de la vida, de los miserables que pierden en una noche de juego veinte mil francos ó veinte mil duros, mientras tanta gente ve morir sus hijos de hambre.

Se es inmoral cuando no se tiene dinero. En el paganismo y en el catolicismo toda la moral consiste en eso: en ser rico. Yo creo que si esta inmensa verdad arraigara en el alma española, la nación se transformaría. La burguesía y el pueblo verían que cuando se es rico se tiene segura la posesión de la tierra y la del cielo, é intentarían enriquecerse para tener derecho á la libertad y poder ir á Biarritz á buscar españolitas ó francesitas que se encontrarán en un mal cuarto de hora de su vida.

DIONISIO PÉREZ

EL TIRANO

Los jefes de la insurrección están reunidos en las afueras de la ciudad, en una cueva inmunda en que apenas penetra la luz del sol. Todo está ya preparado. Sólo falta ultimar los detalles del suplicio en que ha de perecer el déspota.—Matarle, no. ¡Más dolor!—grita Haleb, un viejo lívido que tiene una enorme joroba;—y de un rincón de la cueva sale una voz que dice:—¡Cortémosle en tantos pedazos como hijos nos llevó á la guerra!—Es poco. ¡Más dolor!—replica Haleb;—y otro de los conjurados propone:—Hagamos una hoguera con todas las joyas y ¡que perezca entre las llamas! Pero Haleb quiere más. Eso es estúpido. ¡Más dolor, más dolor!—grita.—Puesto que es un avaro, puesto que nos robó nuestras haciendas—dice otra voz—¡hagámosle beber oro líquido!—Celebremos en su presencia un banquete, que nos sirva el vino en su copa y después obliguémosle á comer nuestro excremento—propone un esclavo recién huído del ergástulo.—¡No, más dolor, más dolor!—grita Haleb.—Puesto que nos ha arrebatado á nuestras mujeres, puesto que ha deshonrado á nuestras hijas, ¡que muera en medio del harem! Atémosle á una columna desnudo; cojamos las mujeres más hermosas y gocemos de ellas en su presencia. ¡Después será cosa de atravesarle con un puñal el corazón!

Una muchedumbre se halla estacionada junto á la cueva inmunda en que los jefes deliberan. Los hombres están armados de flechas, de picas, de hondas, de puñales; las mujeres llevan también puñales y flechas; algunas tienen en los brazos niños de pecho. Todos, hombres y mujeres, están descalzos, harapientos, sucios. Un rugido sordo se eleva de la masa infecta vomitada por todos los tugurios de la ciudad. Se oyen maldiciones, blasfemias. Una terrible cólera se ha apoderado de aquellas almas viles en que jamás provocó una rebelión el noble sentimiento de la dignidad humana. Un odio feroz arde en aquellos corazones en que jamás produjo una sacudida la noble ambición de la libertad. Es el odio al tirano, al déspota; un odio salvaje, odio de esclavo, amasado en el fondo del ergástulo con la desesperación de todas las impotencias. Y cuando Haleb, el viejo lívido que tiene una enorme joroba, sale de la cueva y dice: «¡En marcha!», la muchedumbre se lanza hacia palacio como una jauría. Así debió lanzarse tras la presa el hombre primitivo, ávido de botín en las soledades de la selva.

Haleb va al frente. En sus ojos brilla la más desenfrenada lujuria. El estimula á los hambrientos de pan y de amor.—Puesto que nos ha arrebatado á nuestras mujeres, puesto que ha deshonrado á nuestras hijas, ¡que muera en medio del harem! Atémosle á una columna desnudo; cojamos las mujeres más hermosas y gocemos de ellas en su presencia. ¡Después será cosa de atravesarle con un puñal el corazón!—La muchedumbre le sigue ébria, en una carrera loca, ciega de deseo, ávida de placer, ávida de sangre. La rabia aumenta conforme la distancia se acorta. Todos quieren clavar su puñal en el cuerpo del tirano; todos quieren darle, en la lenta, bárbara agonía, el golpe final. Por cada muerte cien muertes; por cada ultraje cien ultrajes. Es preciso que todos contribui-

yan al espantoso suplicio. Es el delirio de la venganza, la locura criminal de la plebe que por vez primera se siente capaz de afrontar al señor. Un salvaje griterío llena los aires. No es el rumor del derecho que pasa. Se trata de un motín; no se trata de una revolución.

De pronto, la muchedumbre se detiene. Ha llegado á las puertas de palacio. Un profundo, inquietante silencio se produce. Haleb se agita, habla con los jefes, comunica órdenes. Va á empezar el asalto... Mas he aquí que uno de los balcones de palacio se abre y en él aparece, rodeado de su corte, el rey. Es una noble figura, que impone respeto. A su vista, la muchedumbre queda petrificada. El rey avanza al balcón, mira á su pueblo y le regala una sonrisa. Haleb ya no se mueve; la dispersión comienza. El rey permanece en el balcón, y, al contemplar la explanada del palacio vacía, deja caer de sus labios una palabra:—¡Miserables!

ALVARO DE ALBORNOZ

La actualidad literaria

«Canciones del momento», por Eduardo Marquina.

Hoy es un día de fiesta para el buen pueblo; á partir con él, á inculcarle la sana, la robusta poesía, ha llegado (no diré descendido, que en buena compañía está) un jerarca del Parnaso, un predilecto de las nueve hermanas, y como ejecutoria signada por las musas y rivalizada por Elios, trae el poeta, entre bellos folios registrados con laurel fresco y mirto lozano, estas sentidas estrofas que confortan el ánimo y elevan los corazones:

«¡Pueblo sobrio y prudente, pueblo mfol, oro en el triunfo, en el dolor acero; decide del combate á tu albedrío, tú que en la lid penetras el postrero. No rechaces, cobarde, con la mano la misión que te ha sido confiada. Pueblo: mira que es ella como espada y tu puño ha nacido castellano.»

El poeta que tal dice es sincero, es veraz, ama al pueblo y le conoce. ¡Cuánto podemos esperar de su inspirado número los que constantemente, con la tenacidad que nos permite nuestra modestia, pretendemos aquilatar ese oro y forjar ese acero, para que en el pavés sea duro y justiciero en la espada!

Sus versos, como afinadamente apunta el sutil Gómez Carrillo, no son de un retórico ni de un alucinador plerótico de paradojas y tópicos brillantes; «tienen la fe consciente de los que se han hecho una religión de la patria, de la historia, de la raza y de la ciencia. Tienen la santa fe de los apóstoles nuevos». Si; de esos apóstoles que yo sentí avanzar al leer unos versos de Miguel de San Román, y regocijarme, á fuer de castellano franco y acaso rudo, con otros de Manuel H. Ayuso. Romántico, soñador el primero, exquisito y lírico, saturó mi alma de artista con perfumes orientales; viril y enérgico el segundo, con sus sinceridades rimaron mis anhelos de lucha y mis ansias de justicia.

Por eso, cuando la voz de uno de estos valientes y generosos adalides (nunca con más acierto llamados vates), resuena potente acallando la chillería de la turba-multa, los que en los pueblos escuchamos asordados los acentos de progreso que lentamente llegan aportillando las murallas de rutina y tradición que les circunda, saludamos sus manifestaciones con entusiásticos hossannas y hurras calurosos...

No; no es este poeta, como pretende Acebal, «un hijo legítimo de Núñez de Arce». ¡Ni por pienso! ¿Qué paridad existe entre este alentador de multitudes y aquel funesto y pretencioso rimador que acabó por exclamar:

«Execrable Voltaire. ¡Maldito seas!...?»

De Carducci sí tiene mucho: su amor á lo que debiendo ser respetable, es vilipendiado, á lo que teniendo condiciones para imponerse

«oro en el triunfo»,

se deja imponer y tiranizar

«...en el dolor acero».

De Carducci, de Byron, de Víctor Hugo, de Espronceda, de todos los genios tiene lo que es común á todos los redentores, á todos los directores de muchedumbres: el altruismo. Por lo demás, por el estilo, por los conceptos, Marquina, digámoslo en su pro, es Marquina.

El pueblo está de enhorabuena con esta ayuda que de lo alto le llega. ¿Sabrá aprovecharla?

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ
Arévalo, Octubre, 1909.

Lucena.—Convento de San Francisco.—Franciscanos.

MONJAS Y HERMANAS

Córdoba.—Casa de Expósitos.—Idem.
Idem.—Convento de Nuestra Señora de la Encarnación.—Bernardas.
Idem.—Asilo de Siervas.—Franciscanas.
Idem.—Hospital de Agudos.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Asilo de Ancianos.—Hermitas de los Pobres.
Idem.—Colegio de Reparadoras.—Esclavas del Corazón de Jesús.
Idem.—Convento de Santa Ana.—Carmelitas.
Idem.—Asilo de la Infancia.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Colegio de Santa Victoria.—Escolapias.
Idem.—Convento del Corpus Christi.—Dominicas.
Idem.—Hospicio Provincial.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de la Purísima Concepción.—Bernardas.
Idem.—Hospital de San Jacinto.—Siervas de María.
Idem.—Colegio de Nuestra Señora de la Piedad.—Escolapias.
Idem.—Asilo de Ancianos.—Siervas de María.
Idem.—Convento de Santa Cruz.—Franciscanas.
Idem.—Hospital de Jesús Nazareno.—Hospitalarias.
Idem.—Convento de Santa María de Gracia.—Dominicas.
Idem.—Convento de Santa Marta.—Jerónimas.
Idem.—Hospital de Crónicos.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Santa Isabel.—Franciscanas.
Idem.—Asilo de Jóvenes desamparados.—Adoratrices.
Idem.—Convento de Capuchinas.—Capuchinas.
Idem.—Asilo del Buen Pastor.—Filipenses.
Villanueva de Córdoba.—Colegio de San José.—Carmelitas.
Rambla (La).—Hospital y Colegio del Señor de los Remedios.—Mercenarias.
Idem.—Colegio del Espíritu Santo.—Carmelitas.
Rute.—Asilo de Mendicidad.—Mercenarias.
Idem.—Hospicio-Asilo.—Hermitas de los Pobres.
Villanueva de Córdoba.—Hospital Civil.—Hermanas de la Caridad.
Espejo.—Colegio de San Miguel.—Carmelitas.
Hinojosa del Duque.—Convento de la Purísima Concepción.—Concepcionistas.
Idem.—Hospital de Jesús Nazareno.—Hermanas de la Caridad.
Castro del Río.—Colegio de San Acisclo y Santa Victoria.—Escolapias.
Idem.—Convento de Scala Caeli.—Dominicas.
Idem.—Hospital de Jesús Nazareno.—Hermanas de la Caridad.
Cabra.—Convento de San Agustín.—Agustinas.
Idem.—Hospital de Santo Domingo.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Asilo de San Juan de Dios.—Hermitas de los Pobres.
Idem.—Colegio de la Concepción.—Escolapias.
Aguilar.—Convento del Carmen.—Carmelitas.
Idem.—Asilo de Ancianos.—Hermitas de los Pobres.
Idem.—Hospital de Caridad.—Hermanas de la Caridad.
Bujalance.—Convento del Carmen.—Carmelitas.
Idem.—Colegio de Santa Ana.—Escolapias.
Idem.—Hospital de San Juan de Dios.—Hermanas de la Caridad.
Baena.—Colegio del Espíritu Santo.—Carmelitas.
Idem.—Asilo de Ancianos.—Hermitas de los Pobres.
Idem.—Convento de la Madre de Dios.—Dominicas.
Idem.—Hospital de Jesús Nazareno.—Hermanas de la Caridad.
Belalcázar.—Convento de La Columna.—Franciscanas.
Lucena.—Idem del Carmen.—Carmelitas.
Idem.—Convento de Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Asilo de Nuestra Señora del Valle.—Siervas de María.
Idem.—Colegio de la Purísima Concepción.—Concepcionistas.
Idem.—Hospital de San Juan de Dios.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Colegio de Carmelitas.—Carmelitas.
Idem.—Idem de Educandas.—Escolapias.
Idem.—Convento de San Agustín.—Agustinas.
Puente Genil.—Asilo de Santa Susana.—Hermitas de los Pobres.
Idem.—Hospital Civil.—Mercenarias.
Carpio (El).—Colegio de Nuestra Señora de la Piedad.—Escolapias.
Pedroche.—Convento de la Concepción.—Concepcionistas.
Luque.—Hospital de Jesús.—Hermanas de la Caridad.

Montilla.—Convento de Santa Ana.—Concepcionistas.
Idem.—Convento de Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Hospital de San Juan de Dios.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Asilo de Nuestra Señora de los Dolores.—Hermitas de los Pobres.
Montoro.—Hospital de Jesús Nazareno.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Colegio de San Juan de Letrán.—Carmelitas.
Palma del Río.—Convento de Santa Clara.—Siervas de María.
Idem.—Hospital de San Sebastián.—Hermanas de la Caridad.
Pozoblanco.—Hospital de Jesús Nazareno.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de San Francisco.—Franciscanas.
Priego de Córdoba.—Colegio de Educandas.—Escolapias.
Idem.—Hospital de San Juan de Dios.—Mercenarias.

Provincia de Granada

FRAILES

Granada.—Idem.—Capuchinos.
Idem.—Idem.—Jesuitas.
Idem.—Asilo de San Rafael.—San Juan de Dios.
Idem.—San Miguel del Alto.—Mínimas.
Idem.—Hospitalicos.—Agustinos.
Idem.—Casa-Residencia.—Redentoristas.
Idem.—Idem.—Escolapias.
Baza.—Casa-Residencia.—Franciscanos.
Motril.—Idem.—Agustinos.

MONJAS Y HERMANAS

Granada.—Convento de Santa Paula.—Jerónimas.
Idem.—Convento de San Antón.—Capuchinas.
Idem.—Convento de la Magdalena.—Agustinas.
Idem.—Convento de Santa Inés.—Franciscanas.
Idem.—Convento de las Tomasas.—Agustinas.
Idem.—Convento de San Bernardo.—Bernardas.
Idem.—Convento de la Purísima Concepción.—Concepcionistas.
Idem.—Convento de Santa Isabel la Real.—Franciscanas.
Idem.—Colegio de la Corte de Cristo.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento del Carmen.—Carmelitas.
Idem.—Asilo de San José.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Santa María Egipciaca.—Carmelitas.
Idem.—Convento de la Presentación.—Agustinas.
Idem.—Convento de Santa Catalina.—Dominicas.
Idem.—Convento de la Encarnación.—Franciscanas.
Idem.—Convento de las Comendadoras de Santiago.—Agustinas.
Idem.—Convento de Sancti-Spiritu.—Dominicas.
Idem.—Beaterio de Santo Domingo.—Dominicas.
Idem.—Convento de los Angeles.—Franciscanas.
Idem.—Convento del Angel.—Idem.
Idem.—Convento de la Piedad.—Dominicas.
Idem.—Beaterio del Santísimo.—Franciscanas.
Idem.—Convento de Descalzas.—Carmelitas.
Idem.—Colegio de las Calderonas.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Casa-Hospicio.—Idem.
Idem.—Colegio de Niñas Nobles.—Idem.
Idem.—Hospital de San Lázaro.—Idem.
Idem.—Corte de Cristo (Noviciado).—Idem.
Idem.—Convento de Adoratrices.—Adoratrices.
Idem.—Siervas de María.—Agustinas.
Idem.—Misioneras.—Concepcionistas.
Idem.—Hospital de San Juan de Dios.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Hospital de la Tiña.—Idem.
Idem.—Colegio de Riquelme.—Idem.
Idem.—Asilo de Ancianos.—Hermanas de la Caridad.
Loja.—Convento de Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Asilo de San Ramón.—Hermanas de la Caridad.
Huéscar.—Convento.—Dominicas.
Idem.—Siervas de María.—Agustinas.
Idem.—Colegio de la Consolación.—Hermanas de la Consolación.
Idem.—Asilo de Ancianos.—Hermanas de la Caridad.
Hora.—Hospital.—Idem.
Baza.—Convento de Dominicas.—Dominicas.
Idem.—Asilo de Ancianos.—Hermanas de la Caridad.
Montefrío.—Hospital.—Mercenarias.
Guadix.—Convento de la Concepción.—Franciscanas.
Idem.—Hospital.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Asilo de Ancianos.—Hermanas de la Caridad.

Motril.—Hospital.—Mercenarias.
Idem.—Convento de Nazarenas.—Agustinas.
Lanjarón.—Colegio Santísima Trinidad.—Idem.
Santafé.—Compañía de María.—Jesuitas.
Idem.—Convento de la Salud.—Bernardas.
Idem.—San Vicente de Paúl.—Hermanas de la Caridad.

Provincia de Málaga

FRAILES

Málaga.—Casa-Residencia.—Jesuitas.
Idem.—Colegio de San Estanislao.—Idem.
Idem.—Asilo de San Bartolomé.—Salesianos.
Archidona.—Casa-Colegio.—Escuelas Pías.
Antequera.—Convento de la Inmaculada Concepción.—Franciscanos.
Idem.—Convento de la Santísima Trinidad.—Trinitarios.

MONJAS Y HERMANAS

Málaga.—Convento del Angel.—Dominicas.
Idem.—Convento de Esclavas.—Concepcionistas.
Idem.—Convento de Paz y Trinidad.—Franciscanas.
Idem.—Casa-Residencia.—Hermanas de la Esperanza.
Idem.—Convento de Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Monasterio de San Bernardo.—Bernardas.
Idem.—Convento de Capuchinas.—Franciscanas.
Idem.—Convento de Carmelitas.—Carmelitas.
Idem.—Monasterio de la Encarnación.—Bernardas.
Idem.—Monasterio del Cister.—Idem.
Idem.—Convento de las Catalinas.—Dominicas.
Idem.—Convento de Nuestra Señora de las Mercedes.—Mercenarias.
Idem.—Colegio de la Inmaculada Concepción.—Concepcionistas.
Idem.—Convento de la Asunción.—Agustinas.
Idem.—Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes.—Madres de Desamparados.
Idem.—Idem de Nuestra Señora del Carmen.—Carmelitas.
Idem.—Idem de San Juan de Dios.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Idem de San Carlos.—Filipenses.
Idem.—Idem de San José.—Hermanitas de los Pobres.
Idem.—Idem de San Manuel.—Idem de la Caridad.
Idem.—Hospital Civil.—Idem.
Idem.—Casa de Misericordia.—Idem.
Idem.—Casa de Maternidad.—Idem.
Idem.—Hospital Noble.—Idem.
Idem.—Convento de Agustinas Recoletas.—Agustinas.
Idem.—Casa-Manicomio.—Hermanas Hospitalarias.
Vélez Málaga.—Hospital de San Juan de Dios.—Carmelitas.
Idem.—Convento de Nuestra Señora de Gracia.—Franciscanas.
Idem.—Idem de Jesús, María y José.—Carmelitas.
Ronda.—Asilo de San José.—Madre de Desamparados.
Idem.—Idem de Hermanitas de los Pobres.—Hermanitas de los Pobres.
Idem.—Convento de Santa Isabel.—Franciscanas.
Idem.—Colegio de Nuestra Señora de la Paz.—Concepcionistas.
Idem.—Idem del Patrocinio de San José.—Franciscanas.
Idem.—Convento de la Madre de Dios.—Dominicas.
Antequera.—Convento de Santa Clara.—Idem.
Idem.—Idem de Santa Eufemia.—Idem.
Idem.—Convento de la Santísima Encarnación.—Carmelitas.
Idem.—Convento de San José.—Idem.
Idem.—Colegio de Nuestra Señora de Loreto.—Filipenses.
Idem.—Convento de Nuestra Señora de la Victoria.—Franciscanas.
Idem.—Convento de Santa Catalina.—Dominicas.
Idem.—Convento de la Madre de Dios.—Agustinas.
Idem.—Asilo de las Hermanitas.—Hermanitas de los Pobres.
Idem.—Hospital de San Juan de Dios.—Hermanas de la Caridad.
Almogía.—Asilo del Sagrado Corazón.—Agustinas.
Alora.—Beaterio de Franciscanas.—Franciscanas.
Archidona.—Convento de Jesús y María.—Franciscanas.
Idem.—Asilo-Hospital.—Hermanas de la Caridad.
Arriate.—Asilo de San José.—Madres de Desamparados.
Cón.—Beaterio de Franciscanas.—Franciscanas.
Cañete la Real.—Convento del Carmelo.—Carmelitas.
Estepona.—Asilo-Hospital.—Hermanas de la Caridad.

Alameda.—Asilo y Colegio de Nuestra Señora de las Mercedes.—Hermanas de la Caridad.

Provincia de Jaén

FRAILES

Jaén.—Convento de la Merced.—Misioneros del Sagrado Corazón de María.
Villanueva del Arzobispo.—Convento de la Fuensanta.—Trinitarios.
Ubeda.—Casa-Colegio.—Escolapios.
Huelma.—Ermita de la Fuensanta.—San Antonio Abad.
Andújar.—Capuchinos.—San Vicente de Paúl.

MONJAS Y HERMANAS

Jaén.—Colegio de la Purísima Concepción.—Carmelitas.
Idem.—Colegio.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de San Antonio.—Siervas de María.
Idem.—Asilo de San José.—Hermitas de los Pobres.
Idem.—Convento de Santa Clara y Santa Ana.—Franciscanas.
Idem.—Hospicio de hombres.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Santa Ursula.—Agustinas.
Idem.—Hospitalico.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de las Bernardas.—Franciscanas.
Idem.—Hospicio de mujeres.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de la Concepción.—Dominicas.
Idem.—Hospital de San Juan de Dios.—San Juan de Dios.
Idem.—Convento de las Descalzas.—Carmelitas.
Linares.—Hospital de San Francisco.—Paúles.
Idem.—Asilo de las Mercedes.—Mercenarias.
Villacarrillo.—Hospital.—Mercenarias.
Villanueva del Arzobispo.—Convento de Santa Ana.—Dominicas.
Idem.—Asilo-Hospital.—Hermanitas de los Pobres.
Baeza.—Hospital.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Santa Catalina.—Franciscanas.
Idem.—Convento de San Antonio.—Idem.
Idem.—Convento de la Magdalena.—Agustinas.
Idem.—Convento de Carmelitas.—Carmelitas.
Idem.—Asilo de Ancianos.—Hermanitas de los Pobres.
Baillén.—Hospital.—Carmelitas.
Beas del Segura.—Convento de Carmelitas.—Carmelitas.
Carolina (La).—Hospital.—San Vicente de Paúl.
Cazorla.—Idem.—Mercenarias.
Arjona.—Hospital de San Miguel.—Hijas del Corazón de María.
Idem.—Casa-Convento.—Siervas de María.
Arjonilla.—Hospital.—Hermanas de María.
Alcaudete.—Convento de Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Convento de Jesús y María.—Idem.
Andújar.—Colegio.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento.—Mínimas.
Idem.—Hospital y Casa-Cuna.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Santa Clara.—Capuchinas.
Idem.—Casa-Convento.—Madres de los Pobres.
Idem.—Convento.—Trinitarias.
Idem.—Casa-Convento.—Siervas de María.
Alcalá la Real.—Casa-Cuna.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Hospital Civil.—Mercenarias.
Idem.—Convento de la Encarnación.—Dominicas.
Idem.—Colegio de Niñas.—Hijas de Cristo.
Idem.—Convento de la Trinidad.—Trinitarias.
Ubeda.—Hospital de Santiago.—Paúles.
Idem.—Convento de las Descalzas.—Carmelitas.
Idem.—Convento de Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Casa-Residencia.—Siervas de María.
Idem.—Asilo de Ancianos.—Hermanitas de los Pobres.
Lopera.—Hospital.—Siervas de María.
Marmolejo.—Hospital.—Carmelitas.
Martos.—Asilo de San José.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Hospital de San Juan de Dios.—Idem.
Idem.—Convento de la Trinidad.—Franciscanas.
Idem.—Convento de Santa Clara.—Idem.
Porcuna.—Convento.—Dominicas.
Soriñuela.—Convento.—Idem.
Tomadonjimeno.—Nuestra Señora de la Piedad.—Dominicas.
Torreperogil.—Asilo de Ancianos.—Hermanitas de los Pobres.

Sociedades obreras católicas

Provincia de Sevilla

Sociedad de sombreros planchistas.—Sevilla.
Círculo de obreros independientes.—Ecija.
Círculo agrícola independiente.—Morón.
Total, 3 en 1907.

Provincia de Huelva

Centro católico de obreros.—Huelva.
Centro católico de obreros.—Alajar.
Total, 2 en 1907.

Provincia de Cádiz

Círculo obrero católico.—Cádiz.
Centro de empleados y obreros de la Transatlántica.—Cádiz.
Círculo católico obrero.—Arcos.
Centro católico de obreros.—Jerez.
Total, 4 en 1907.

(El círculo de Arcos, en vista de que no parecía por él ni un alma, reventó y malbarató los enseres: dominós, barajas y demás chirimboles instructivo-recreativos.)

Provincia de Córdoba

Había cinco en 1907, sin que podamos dar relación nominal. El colector de estas notas vió hace pocos años el círculo católico obrero de Puente Genil, admirando la fraternidad con que obreros, patronos y curas jugaban buenas botellas de vino; ignora si al tute ó al mus.

Provincia de Granada

Centro católico de obreros.—Granada.
Caja de ahorros del Ave-María.—Granada.
Círculo católico de obreros.—Alfácar.
Círculo católico de obreros.—Guadix.
Círculo católico de obreros.—Jaén.
Círculo católico de obreros.—Loja.
Círculo católico de obreros.—Santafé.
Círculo católico de obreros.—Vichar.
Total, 8 en 1907.

Provincia de Málaga

Obreros católicos.—Málaga.

Provincia de Jaén

Círculo católico obrero.—Andújar.
Círculo católico obrero.—Carchalejo.

UNA BUENA PERSONA

LOS SENSATOS

En la luz tenue, poblada de suavidades acariciantes que adormecían blandamente el estudio del poeta, relampagueaban los espejuelos grotescamente montados sobre la nariz ganchuda del sensato, honrado, tranquilo y bondadoso D. Juan.

Don Juan era un pacífico rumiante de rentas cuantiosas. Si alguna vez se alteraba su tranquilidad, era el día primero de mes, en que un inquilino se retrasaba. Entonces sí; entonces á D. Juan le faltaba su tranquilidad, y sin perder su galardón de hombre bondadoso, atizaba un puntapié al inquilino, dejándole con su miseria en mitad de la calle.

Por lo demás, D. Juan era «una buena persona». Era sensato, honrado, tranquilo, bondadoso. Sensatez política como la suya era infalible para la tranquilidad pública. Entendía que el mejor régimen era un absolutismo feroz. Mucha leña á los revoltosos, mordaza á las quejas, y al que se moviera dejarlo seco de un balazo. Como honrado no tenía tacha. No engañaba, no robaba á los inquilinos devolviéndoles moneda falsa, si bien era verdad que les subía la renta cuanto podía y le aguantaban. Pero estaba en su derecho de hacer y deshacer en una cosa suya. Como bondadoso figuraba siempre en las listas de suscripciones para aliviar grandes desgracias, y hasta era presidente de una cofradía ó asociación de caridad. Que alguna vez se apoderase de cuatro colchones astrosos, de camas desvenecadas llenas de chinches, y de unos trapajos nauseabundos que arrancaba en pago de la renta, de la «sagrada renta» á un infeliz descamisado, nada tenía que ver con su bondad. Estaba en su derecho y defendía sus intereses.

Pero en el estudio del poeta sintió don Juan que se le alteraban los nervios como en los angustiosos días primeros de mes. Los espejuelos relumbraban con fulguraciones más duras, más aceradas, más deslumbrantes, y los ojos llameaban ansiando saltar por los cristales brilladores. D. Juan acababa de indignarse del poco respeto que en España se tiene á las leyes, de una panadería asaltada en Andalucía, y el sensato, honrado, tranquilo y bondadoso D. Juan creía hallarse en un manicomio oyendo las palabras del poeta:

—«Cuando las leyes son un molde que viene estrecho á nuestras pasiones de liber-

tad, de dignidad, de orgullo santo, éstas, si son potentes, estallan los moldes que las aprisionan y las encastillan. Si las leyes son deficientes déseles un sentido amplio, ábraseles un horizonte extenso, no tirado á cordel, no limitado con ayuda del cartabón y la escuadra. ¿Se asusta usted por el robo de esa panadería? El robo de esa panadería supone una alteración del orden, y usted, el sensato, el honrado, el tranquilo, el bondadoso, es amante, adorador fanático del orden. Después se tranquiliza usted porque los hambrientos, los asaltadores, fueron encarcelados. ¡Ya ve usted la justicia! Yo, en nombre del sagrado orden que usted idolatra, hubiese encarcelado al dueño de la panadería como provocador del motín por no haber repartido el pan.»

Y aquí D. Juan interrumpe desahogando su estupefacción, su asombro.

—¡Ah, qué manera de pensar! Eso es una locura. ¡Qué barbaridad, qué barbaridad!

El poeta ríe tristemente. Después sus labios se agitan nerviosos:

—¡Una barbaridad! ¡Una locura! Bárbaros y locos somos los que pensamos con el corazón, es verdad. Vosotros sois los sensatos, los equilibrados, las «buenas personas, las almas de Dios». Pero vosotros no tenéis corazón. Tenéis tan sólo un puñado de tripa relleno de garbanzos...

A. MUÑOZ DE DIEGO

Oviedo.

Expulsión, no disolución

¡FUERA LOS FRAILES!

En todos los movimientos favorables á la libertad hay alguien que se encarga de echar agua al vino á fuerza de mixtificaciones. Esta *mano negra* no podía faltar en la hermosa agitación anticlerical que estamos presenciando en España.

Sobre si se ha de disolver en vez de expulsar, por si hay ó no derecho á la expulsión de frailes ni de nadie, no falta quien ponga manzanas de discordia, conatos de términos medios incoloros y atenuaciones ridículas, que en definitiva no pueden servir más que para servir energías y oponer rémoras á la acción del pueblo en la empresa civilizadora y nacional de librarnos del monaquismo.

Sobre los frailes! ¡Fuera los jesuitas! ¡Cúmplase el Concordato! ¡Basta de monaquismo! Estos son los gritos de la masa liberal española y los nuestros, porque estamos convencidos de que el monaquismo es aquí ilegal, perturbador hasta de la religión y de la Iglesia, que pudo pasarse aquí sin él divinamente cincuenta años, é incompatible con el progreso y la prosperidad nacional.

Venirse con tiquismiquis de leguleyo y distinguido de teólogo, predicando un falso anticlericalismo en definitiva beneficioso para los jesuitas, lo creemos, ó un crimen ó una insigne simpleza propia de cerebros hueros, aunque parezcan modernos Krausse ó Spencer.

Ya una vez nos pronunciamos energicamente contra ciertos proyectos de futuros arreglos eclesíasticos, en los que, á vuelta de una fraseología de cajón y pseudo liberal, se afirmaba la necesidad del fraile, y, anunciando una economía de diez millones, resultaban quince sobre el presupuesto actual de culto y clero.

Lo mismo hacemos ahora; mostrarnos totalmente opuestos á lo que no sea supresión total de las órdenes religiosas y por el momento de las no concordadas.

Que no se puede, que no hay derecho á expulsar... ¿Quién lo ha dicho? ¿Cómo lo probará? ¿Con que se puede expulsar extranjeros perturbadores ó sospechosos (en la Francia misma no pueden vivir ciertos pretendientes al trono), y no podrá un pueblo lanzar de su seno esos detritus infectantes? ¡Disolver Ordenes monásticas! ¡Qué locura! ¿Con cuál derecho? Eso es cosa del pontificado que les dió vida. ¿Puede un gobierno reformar esas Ordenes aunque sólo sea en un artículo de sus reglas? No. Quien puede lo más puede lo menos, en buen derecho, y quien no tiene autoridad para crear ni modificar ¿lo va á tener para disolver?

¿Y habrá alguien tan memo para figurarse que los *disueltos* no se quedarían aquí, hallando mil medios legales de seguir viviendo reunidos y perturbando al Estado y las conciencias como antes? Así los jesuitas ponen tan buena cara á esas teorías. ¡Con que expulsándolos y todo aún hacen daño desde fuera!...

No cabe término medio: expulsión y siempre expulsión; lo contrario es atentar á la libertad pretendiendo estúpidamente extender sus beneficios á quien no es digno de ellos y los aprovechará contra la libertad antes que todo. Esas medias tintas, esos puños de pseudo derecho, nos han perdido siempre; tanto, que hay ya republicanos bien pu-

ros y probados que dicen: antes la monarquía sin frailes ni clericalismo, que una República con ellos.

No hay otra solución, ni otra cosa que desear y procurar (nunca pedir) que ésta:

¡Abajo, fuera los frailes! Nada con monacales ¡Fuera los jesuitas!

JOSÉ FERRÁNDIZ

Precursores de «El Motín»

En aquellos días tan recomendables, y por los cuales suspiran los ortodoxos de estos tiempos, la realidad no tenía nada de fortificadora.

San Gregorio Nacienceno sufrió los reproches y las censuras más acres de los obispos y nadie sospecharía los delitos que se le imputaban. Oigamos su justificación:

«Yo ignoraba (Orat. 32, p. 526), exclama en el Concilio de Constantinopla, que necesitásemos rivalizar en magnificencia con los gobernadores y los generales que poseen grandes riquezas sin saber en qué emplearlas. Yo ignoraba que, abusando del patrimonio de los pobres para satisfacer mi lujo y procurarme toda clase de placeres, pudiese disipar en superfluidades cosas tan necesarias, y presentarme en el altar con la cabeza trastornada por los vapores de una buena mesa. Yo ignoraba también que un obispo tuviera necesidad de montar un caballo fogoso y hacerse llevar en un magnífico coche rodeado de un fausto deslumbrador... Yo ignoraba todo eso; la falta está cometida; os ruego que me la perdonéis.»

San Jerónimo hace oír los mismos clamores en la cristiandad latina:

«Los obispos hablan como los apóstoles, dice el santo, y viven como los príncipes del siglo; predicán la pobreza y la cruz de Jesucristo, y no respiran más que la vanidad y la pasión por los placeres carnales; son los sucesores de aquellos que eran tesoreros y mayordomos de los pobres, y se dedican á tratar magnificamente á los grandes del imperio, y les disputan el premio de la magnificencia, y se lo ganan comprando con el patrimonio de los pobres lo que los príncipes del mundo no se atreven á comprar para sus palacios y sus mesas.»

¿De qué buena gana hubiera sido contemporáneo de esos dos santos, para haberlos ayudado con un MOTÍN manuscrito á meter en cintura á los Sanchas, Monescillos, Nozaledas, Cos y Machos, Calvos y Valeros, Morenos Mazón y Guisasolas de aquellos tiempos!

Los dos peligros

La Inquisición

Es ocioso expresar el horror que nos inspira la infame mancha de sangre con que el gobierno del Sr. Maura acaba de manchar el honor de España. Bastante dice sobre la materia la indignación del mundo civilizado. Hago únicamente notar cómo la manera de cometerse ese asesinato, apenas jurídico, justifica lo que yo escribía hace poco desde Barcelona: «Esto es la Inquisición resucitada», se grita en todas partes. Si; pero es una Inquisición de fisonomía moderna y de estilo jesuítico. A la franca y brutal ferocidad de la Inquisición dominicana ha sucedido la prudente hipocresía de Escobar. La otra celebraba sus autos de fe bajo el cielo abierto de sus plazas públicas; ésta se oculta para matar. Antes se hacía gala de estas piadosas inmolaciones; hoy se quiere hacer creer que se estaba dispuesto á perdonar á la víctima. «¡Ah, si los aborrecedores anarquistas no hubiesen dirigido al Rey amenazas tales, que no podía ya indultar sin que apareciese que se tenía miedo!» «¡Ah, si no se hubiese detenido en los labios del Padre Santo la palabra de piedad que iba á pronunciar!» Una siniestra y miserable comedia de perdón abortada agrega su despreciable hipocresía á lo odioso de la sangre derramada, y revela el genio oblicuo del jesuitismo.

Es, en efecto, obra del jesuitismo la que tenemos ante los ojos. El gobierno el Vaticano desde la muerte de León XIII, lo cual quiere decir que gobierna á España. El obispo de Barcelona, cuya intervenció ha publicado *Le Matin*, no ha tenido inconveniente en declarar que los prelados y las asociaciones católicas estaban requeridos para que exigiesen una represión implacable; y ya conocemos en Francia el grado de independencia que deja la Santa Sede á los dignatarios de la Iglesia y á los fieles. Después de la ejecución de Ferrer, algunas personas han estado tentadas de decir: «¡Cosas de España! Esto no nos amenaza y apenas si nos afecta. Es un auto de fe retrasado, y revise el color local del país ultra-pirenáico; igual que las seguidillas y las corridas de toros.» Error; esto es la inspiración de la temible organización que domina la Iglesia, sometiénola á su poder absoluto, lo mismo en Francia que en España.

¡Oh! Ya sé que no nos amenaza el peligro de ver salir entre nosotros una ejecución capital de un proceso político en que se hubiese creído preferible suprimir los testigos y las pruebas (lo que bastaría, entre paréntesis, para demostrar que no se había probado nada contra Ferrer; ¿á qué hombre dotado de sentido común, se le haría creer que si se hubiese tenido un testimonio ó una pieza de que hubiese resultado la presunción, ó una apariencia de culpabilidad, no se hubiesen apresurado á exhibirla en un debate público?)

Si, ya sé que entre nosotros sería imposible un proceso Ferrer. Nadie se atrevería á ir tan lejos. ¿Pero creéis que sería por falta de voluntad? En cada país se hace lo que se puede. En España se fusila á la escuela laica. En Francia hay que contentarse con declarar la guerra ruidosamente. Claro que esto es mejor; pero el mismo odio es el que dirige los dos ataques. ¿Creéis que, si pudiera hacer más, retrocedería por un escrúpulo ó por respeto á las garantías necesarias de una buena administración de justicia? Me acuerdo del tiempo, aún muy reciente, en que la sombra de una política que se llamaba de *reconciliación* con los antiguos adversarios de la Democracia, el jesuitismo había puesto su garrá sobre el estado mayor de nuestros ejércitos, y que el *generalísimo* iba de rodillas á tomar la orden á la celda del P. Du-Lac. ¿No hubo entonces también un asunto en que, si el procedimiento no revisió completamente la brutalidad del que ha caracterizado el proceso Ferrer, fué, sin embargo, innovado de un modo tal, que produjo gran escándalo? ¿Las formas más violentas empleadas en el proceso Ferrer, repugnarían entre nosotros al partido amigo de la Iglesia? Quisiera creerlo, pero no puedo. Los periódicos de ese partido no saben ocultar su sentimiento al ver que nuestras costumbres, nuestra perversión y nuestra impiedad privan á la Francia del honor de dar al mundo el hermoso espectáculo que acaban de ofrecerle nuestros vecinos. Algunos no pueden contener su entusiasmo, y es significativo oír á un escritor tan notable como M. Arturo Meyer—un hombre de fe cuya autoridad moral es indiscutible en el partido conservador—gritar ante el cadáver ensangrentado de Ferrer: «¡Viva el buen rey católico de España!» No; el espantoso retroceso [hacia el más salvaje fanatismo, que revela el fusilamiento de Barcelona, no es exclusivamente un síntoma del estado de cosas al otro lado de los Pirineos: es que el sombrío genio que empuja hacia otras á España, ejerce su acción en todas partes y en todas partes enciende sus mortales pasiones; aunque nosotros lo hayamos desarmado, no por eso deja de hacer también aquí desesperados esfuerzos alentados por toda su clientela.

Los días que acaban de transcurrir llevan la marca de una extraña antítesis. Mientras nuestros obispos declaraban una guerra furiosa á la escuela laica y se preparaba en la sombra la ejecución de Barcelona, se levantaba una voz elocuente para predicarnos con penetrante unión la vuelta á todas las ternuras de la edad de oro. «Abraçémonos», gritaba el presidente del Consejo, á los viejos enemigos de la democracia, abriéndoles ampliamente los brazos. Y trazaba el cuadro de una política paradisíaca, en donde, como en los buenos tiempos de nuestro padre Adán, antes de la fatal manzana, la concordia extendería sus alas sobre toda la creación, y los lobos retomarían amigablemente con sus antiguas víctimas. Mejor aún; por una milagrosa transformación de lo que hay de más feroz en el mundo, los portamonedas se abrirían ellos mismos, por ternura hacia los desheredados, y ofrecerían espontáneamente los sacrificios necesarios á la justicia social.

En este elocuente llamamiento á las inocentes ternuras de un nuevo paraíso terrestre, he reconocido al momento una antigua tendencia. La necesidad de reconciliarnos con los encarnizados adversarios de la democracia, necesidad que nunca experimentaron ellos respecto de nosotros en el largo período en que dispusieron del poder, nos fué ya expresada por todos los gobiernos de etiqueta republicana que tenían visible tendencia á aproximarse á la derecha. Es evidente que no puede ser ésta la intención del actual Ministerio; pero en su discurso me parece encontrar hasta frases que ya conocía firmadas por Melé, como si el eminente y simpático orador, ensayándose en un género nuevo para él, se hubiese reducido á tomarlas de uno de sus predecesores ya familiarizado con el estilo que se requiere en semejantes casos. Esta pasión de unión y de concordia, muy tierna, muy alta, y diría que casi muy evangélica, de tal modo acaparaba el espíritu y el corazón de M. Briand, que no le ha dejado el placer de leer el manifiesto de los obispos, que aún desconoce, según se dice, en el momento actual. Lo creo sin trabajo. ¿Cómo explicarse, de otro modo, que no haya dicho sobre él ni una palabra?

Quizá piense la democracia que no es esto el momento de abrir tan ampliamente los brazos á los que tan violentamente combaten nuestra enseñanza democrática, y que al estampido del fuego de pelotón español, haciendo estremecer de horror al mundo, gritan: «¡Viva el buen rey católico!» Yo creo á M. Briand lo bastante republicano para

participar de mi opinión después de reflexionarlo.

CAMILLE PELLETAN

El secreto de Mendizábal

No hubiera sido posible de otro modo realizar aquella obra transcendental bajo sus tres aspectos: el político, el económico y el religioso.

La excomunión y la desamortización, no sólo delatan al eminente hacendista y gran hombre de gobierno, sino al profundo observador de la conciencia nacional, cuyo estado morboso sorprende las silenciosas sinuosidades de la vida interior de un pueblo mentiroso é hipócrita, guiado por ministros de la fe, hipócritas y mentirosos.

Mendizábal se percató de que la religiosidad de los españoles de su época era simplemente una farsa, sostenida por el hábito en los unos, por la avaricia en los otros.

Mendizábal sabía que los conventos de monjas eran burdeles y lupanares y los de frailes refugios del vicio aristocrático, donde se rendía culto á Baco en cenas lucinianas que terminaban en el tapete verde, donde una de las más salientes paternidades tallaba, con puertas, el caudal del purgatorio de la reverenda comunidad.

Mendizábal estaba al tanto de los infinitos amancebamientos de los obispos y del clero secular y regular; de los vicios más escandalosos de fieles y ministros de la religión, y de ello dedujo que aquí nadie creía en los dogmas y misterios de la Iglesia; ni en la gloria, ni en el infierno, ni en la otra vida, excepción hecha de las últimas capas sociales de desdichados analfabetos, cuya inocencia ó ignorancia merecían un esmerado cultivo de parte de sus explotadores.

Las luchas civiles por la sucesión del malvado y despreciable Fernando VII, entre dos personajes igualmente funestos, don Carlos y doña Isabel, que dirimían cuestiones de familia por medio de estúpidos de uno ó del otro bando, criadores con su sangre de ingratos voborenos de la patria, tenían pendiente toda la atención política, amasada con aquella levadura religiosa, fomento de hipocresías, iniquidades, mentiras, odios, lujurias y atrocidades.

La Hacienda nacional se hallaba al borde del abismo, de la bancarrota; más de la mitad de la riqueza imponible no tributaba, porque era de la Iglesia, y la Iglesia no contribuía ni con una sola peseta al levantamiento de las cargas del Estado, ni con un solo hombre á nutrir el ejército de la patria.

Tenían todos los males un origen común; España agonizaba del mal de Roma, dominada por la influencia del Papa, verdadero general en jefe del ejército carlista; disponiendo de las huestes eclesiásticas seculares y regulares, más ricas y poderosas que el Estado mismo, era poca toda astucia y toda táctica inútil para vencer al enemigo.

La reina gobernadora se encargó de desarmar al cardenal Fr. Cirilo de Alameda y Brea, el hombre de confianza de Gregorio XVI, el alma de la guerra civil, por el histórico procedimiento empleado por Catalina de Rusia, preparándose en las alcobas de palacio el abrazo de Vergara.

Antes que el carlismo se rehiciera de aquella verdadera sorpresa, Mendizábal preparó la expulsión de los jesuitas, la excomunión general y las leyes desamortizadoras, utilizando el secreto de la hipocresía y farsa religiosa en que se revolcaba la inmunda conciencia de sagrados ministros y fieles devotos, cuya alma miserable vería sonriente vendida al diablo por un puñado de ochavos.

«Carne á la fiera, carne á la fiera!», se dijo Mendizábal, y arrojó á la nobleza devota, á la piadosa aristocracia, á la burguesía frauluna, al elemento poderoso que sostenía la guerra por la santa religión de sus mayores, las fincas rústicas y urbanas, las iglesias con sus retablos, con sus vírgenes, con sus cristos, con sus santos, con sus vasos sagrados, con sus sagrados ornamentos.

Y aquellos miserables que hacían á sus sirvientes y colonos acudir en pandillas á los rosarios de la Aurora y á inscribirse en las cofradías de disciplinantes, formando ellos mismos en las del pecado mortal y rondas de pan y huevo; que tomaban por resmas la bula de cruzada y el indulto cuadregesimal; que por nada del mundo hubieran quebrantado el ayuno ó comido caracoles en días de vigilia; que no comulgarían después de haberse humedecido el índice con la lengua para volver la hoja del devocionario; que llamaban negros á los liberales y les negaban por herejes hasta el saludo; que defendían los sacrosantos derechos de la Iglesia, que para ellos estaba representada por los frailes, las monjas y los obispos; aquellos excelentísimos católicos, dándoles una higa de las excomuniones del Papa ni de los gritos que lanzaban las ánimas benditas por boca de los curas sus explotadores, se apropiaron de aquellos bienes que, en efecto, no eran de los frailes ni de las monjas, sino de la Iglesia, y por consiguiente, de todos los españoles.

Desmantelaron los templos, hicieron astillas los altares, vendieron los santos al peso para caldar los hornos y hasta se hicieron de los sagrados ornamentos, camisas de boda de las albas más ricas, y dominós para bailes de máscaras de las más lujosas capas de oro.

Títulos arruinados, maigos de gotera, pelagatos piadosos de toda laya, se enriquecieron con los bienes de la Iglesia, sin exceptuar á los obispos y á los frailes mismos que arramblaron con los restos del botín, sin que nadie dijera esta boca es mía, ocupados como estaban en comer á dos carrillos. Y los que, en nombre de la religión sacrosanta de sus mayores, habían defendido con las armas en la mano al pretendiente don Carlos, por orden del Papa, ni siquiera protestaron del extranamiento de los jesuitas, excomunión general y leyes desamortizadoras; la fiera devoraba su presa y se atracaba de carne espiritual.

Mendizábal sabía muy bien quiénes son los beatos, los religiosos, los católicos ante el dinero y explotó su secreto; de otro modo nadie hubiera sido capaz de echar de aquí á los jesuitas ni disolver los conventos.

La hacienda nacional se salvó, porque se duplicaron los ingresos, vigorizándose las fuerzas contributivas.

Que hubiera sido más radical y más científico dar á la propiedad de la mano muerta otra transformación huyendo del latifundio, es verdad; pero hay que tener en cuenta que el pueblo fanatizado hubiera rechazado los bienes de los conventos ante el temor de condenarse, de verse excomulgado, y además, que los grandes, sin el aliciente del robo, no hubieran cooperado á la obra de Mendizábal.

Don Juan Alvarez, en el terreno político, administrativo y religioso, hizo lo que pudo, tomando el pulso á su época, y lo que hizo quedará inmortalizado por los siglos de los siglos: extrañar la Compañía de Jesús, excluir las comunidades religiosas, concluir la guerra civil, afianzar la soberanía del pueblo, salvar la hacienda y la libertad. Si no hemos sabido consolidar su obra, no por eso hemos de regatear el mérito sublime de uno de los hombres que mejor han servido y que más han honrado á su patria.

CANTACLARO

LOS DEVOTOS

¿Cómo se hace un devoto? ¿Cómo se convierte un hombre de impío en piadoso?

Estas preguntas equivalen á estas otras: ¿Qué es lo que hacen en el mundo el clero y los jesuitas? ¿Para qué sirven esas colectividades que tanto dinero cuestan y tantos trastornos producen en las naciones?

Pues bien; los devotos se hacen de dos maneras.

Una es muy dificultosa, y por esto há tiempo que fué completamente desechada. Consiste en lograr que los avaros se hagan generosos y caritativos; los lujuriosos, castos; los iracundos, suaves como un guante; los soberbios, humildes como la tierra; en una palabra, y usando el lenguaje de la Iglesia: sustituir á la naturaleza, con todas sus imperfecciones y pecados, con la gracia, engrandadora de todas las virtudes ó imperfecciones.

Esto, dicho sea de paso, nos afirma la fe que si humanamente es imposible, por la eficacia de los sacramentos es sumamente fácil y hacedero.

Resultó, no obstante, que la cosa salía un poquito desigual, y los cristianos de todos los tiempos siguieron por completo los impulsos de la naturaleza, por más que confesaban, comulgaban y obtenían bendiciones é indulgencias.

Era para desesperarse ver que, después de misiones y novenas elocuentemente predicadas, tras comuniones generales en que pueblos enteros tomaban parte, seguían los usureros desollando al pobre, los soberbios exigiendo el incienso de la adulación y los egoístas encerrándose en un fanal de hielo.

¿Qué hacemos?, se decía la gente de sotana. Porque si hacemos en los pueblos modernos un recuento de católicos, nos vamos á encontrar con que no hay uno.

Entonces se acudió á otra manera de fabricar católicos y devotos, que está dando los más brillantes resultados. Consiste sencillamente en no ocuparse para nada de los vicios ó pasiones de cada individuo, contentándose con que esos vicios se avengan á vivir cubiertos santamente con un escapulario y adornados con un rosario.

A los lujuriosos se les dice: «Vosotros podéis seguir en todos vuestros devaneos, podéis seducir doncellas, podéis engañar casadas, podéis desflorar vírgenes, podéis mantener horizontales ó instantáneas, pero (en el pero consiste toda la perfección), pero habéis de pertenecer al Apostolado de la Oración y practicar la comunión reparadora de los primeros viernes del mes.

Vosotros, los soberbios, podéis seguir sin inconveniente alguno siendo tiranos crueles de vuestros criados y empleados, podéis seguir escupiendo en el rostro á todo el que no tuvo la suerte ó la desgracia de nacer de padres nobles y hacendados, podéis seguir haciendo que se os adore subidos en el altar, ridículo, es verdad, pero altar al fin, que os alza vuestro orgullo. Lo único que se os pide es que visitéis periódicamente la residencia de los jesuitas, donde, no temáis, se respetarán y aun fomentarán todas vuestras vanidades.

Habéis de dar dinero para fundaciones piadosas; pero estad ciertos de que ellas ayudarán á satisfacer vuestra vanidad, pues los ministros de Jesucristo tendrán sumo cuidado de que por todas partes aparezca

vuestro nombre, vuestro escudo esculpido en piedra, vuestra corona tallada en mármoles y bronce.

A los egoístas se les grita: Venid, formad parte de la congregación piadosa, vestid el escapulario de la Inmaculada Concepción, rendid culto al patriarca San José. ¿No veis que la devoción y el recogimiento son un motivo cual ninguno para que os encerréis en vuestras casas, os aisléis del mundo entero, y no tengáis, no digo que socorrer, pero ni aun que ver las miserias y necesidades de vuestros hermanos?

Y vino la reacción religiosa, y todos son hoy católicos fervientes, socios de no sé qué apostolados, cofrades de no sé qué asociaciones, comparsas de no sé qué pantomimas; pero devotos en toda la extensión de la palabra, devotos auténticos, característicos, ideales, prototipos.

El mundo está hoy dividido en hombres que tienen vicios, defectos y pasiones, y se llaman por eso pecadores, y hombres que tienen los mismos vicios y las mismas pasiones, corregidos y aumentados, pero santificados por el escapulario ó la medalla. Son avaros ó lujuriosos ó ladrones que huelen á incienso; que en vez de la cadena del presidio llevan al cuello la cinta azul de la Inmaculada y sobre el corazón lleno de cien ponen el corazón de Jesús.

Por eso cuando en nuestros tiempos oímos hablar de conversiones, nadie pensamos en gentes que de viciosas se hagan practicantes de la virtud cristiana, sino que nos decimos: «ahí están unas cuantas podredumbres que se han envuelto en el tisú brillante de la devoción; ya hay unas cuantas lujurias ó soberbias que lleven escapulario y comulguen; el clero cuenta con unos cuantos devotos, comparsas ó coristas para sus teatrales espectáculos.»

GIL BLAS DE SANTILLANA

La araña negra

Como todas las de su especie, de cualquier tamaño y color que sean, se lanzan sobre las moscas, la negra se abalanza sobre los católicos que tienen mosca, y los acosa hasta que se la saca.

Ahora ha disparado esta circular, que copio al pie de la letra:

Jubileo Sacerdotal de S. S. Pio X Comité Mundial

Formado para ofrecer al PADRE SANTO

ÓRGANOS MONUMENTALES

Destinados á la Basílica de
SAN PEDRO de ROMA

Sr. D.

Para conmemorar su Jubileo Sacerdotal, Su Santidad se ha dignado aceptar la idea de que se coloquen órganos monumentales en la Basílica de San Pedro de Roma.

El Comité Mundial, formado inmediatamente para asegurar la ejecución de este plan vastísimo, se dirige á V. para suplicarle que ayude con su óbolo á la edificación de este monumento artístico, llamado á glorificar ante la posteridad al Pontificado del gran Papa restaurador y amante de la música.

Aparte de la importancia religiosa del proyecto, hay que considerar el colosal esfuerzo de arte y de mecánica que supone la creación de órganos gigantescos adaptados á la inmensidad de la nave que ha de contenerlos.

El Padre Santo, en la carta inclusa, da gracias de antemano á todos los que contribuyan á esta obra, rindiendo así público homenaje de su adhesión á la Sede Apostólica.

Cuando se cierre la suscripción, los nombres de todos los que hayan contribuido á ella figurarán en un Libro de Oro, magníficamente encuadernado, que será ofrecido al Papa.—LA COMISIÓN.

Entre los individuos de la Comisión figuran el arzobispo de Burgos, el de Zaragoza, el de Sevilla, el obispo de Madrid, el Duque de Solferino, el de Tovar, el Marqués de Comillas, D. Manuel Girona, D. Luis Bahía, D. Pedro Pablo Alarcón, y el exrepublicano D. Tomás Bretón, director del Real Conservatorio de Madrid.

Felicito á esos españoles por la fortaleza de alma que demuestran al cerrar los oídos á las quejas angustiosas de católicos compatriotas que se mueren de hambre, y contribuyendo á que los oídos del Papa y la gente vaticana se deleiten oyendo en esos órganos monumentales melodías, que les anticipen las que oirán allá en el cielo á los ángeles y serafines que entonan alabanzas al Dios que vino á la tierra á predicar y ensalzar la humildad y la pobreza.

La carta en que el Papa da las gracias anticipadas á los cristianos paganos, dice así:

Señor:

El proyecto formado por V. de ofrecer al Padre Santo, con motivo de su Jubileo

Sacerdotal, grandes órganos móviles para la Basílica de San Pedro, ha sido gratísimo á S. S., que recibirá con sumo gusto ese donativo destinado á realzar la belleza del culto divino.

S. S. da á V. gracias por haberle sometido esta idea, y de antemano las envía también á aquellos que tomen parte en este homenaje de piedad y devoción á la Santa Iglesia.

Reciba V. la expresión de mis sentimientos distinguidos.

R. CARD. MERRY DEL VAL

Admiro al representante de Dios en la Tierra, que recibe con sumo gusto donativos que tendrían más justo y cristiano empleo repartiéndolos entre las ovejas de su rebaño condenadas por la implacable diosa Necesidad á morir de hambre y frío este invierno.

Y me congratulo de no pertenecer á una religión tan cruel y despiadada, como acaparadora y egoísta.

Sección modernista

EL MOTIN ha hecho una nueva adquisición: un ilustradísimo sacerdote *modernista*, párroco de término, que mantiene á sus padres ancianos y á una cuñada viuda con cuatro hijos. Su conciencia lo prohíbe ser honrado. Oigámosle:

«La honradez social me obligaría á envfar la sotana al que un día fué llamado José Sastre (hoy Pío X), ya que ella simboliza la adhesión á sus doctrinas y conducta. Este acto de honradez me traería la suspensión ministerial, que sería suspender el desayuno, comida, cena, hogar y vestidos de mis padres y sobrinos. La honradez de hijo me obliga á sacrificar las demás honras á la vida de mis padres. No creo en el Papa y juro cien veces al día públicamente creer en él: con estos juramentos falsos he de salvar la vida de los míos. Quedo interiormente deshonrado ante la sociedad, y honrado ante la naturaleza. El Papa me llamará hipócrita. No me lo diría si estuviésemos con armas iguales y en terreno neutral. El tiene una ley de garantías que le declara inviolable y por esto puede violarnos á los demás. Yo tengo el anónimo que me da la inviolabilidad para contestar á sus violación, divinas y humanas, si EL MOTIN me ofrece guardar reserva...»

Traslado al jesuita P. Villada este caso de conciencia, y en tanto que él lo resuelve, irá publicando los escritos del honrado deshonrado.

El tren del cielo

I

Billete de primera

Cuando yo era chico me llenaba de terror la lectura de unos versos malísimos compuestos por un jesuita que en la Compañía pasa por una lumbreta y que en el mundo no hubiera valido ni para peón de albañil, titulados *El ferrocarril de ultratumba*, donde se describía la vertiginosa velocidad con que corremos los mortales á despeñarnos en los abismos infernales.

En contraposición á este engendro místico-poético quiero yo oponer mi tren del cielo, mucho más ameno, fácil y barato.

Al cielo se va en toda clase de vehículos: unos en coche, otros en carro y no pocos á pie. El cardenal Casañas, por ejemplo, fué arrastrado por dos mulas; Cortés, su auxiliar, por un burro garrañón; Girona por un potro desbocado, y Comillas por una yegua falsa. Los carlistas llegarán á la mansión celestial en carreta, los integristas en galea, los conservadores en bicicleta y los solidarios en automóvil.

Para el cielo sale todos los días el tren de la *confesión* con coches de 1.^a, 2.^a y 3.^a Los miércoles y domingos sale un *expreso*, con berlinas-cama, de la calle de Caspe; no se admiten más pasajeros que Hijas de María y Luises. Las señoras pueden llevar varios kilos de equipaje con tal que no se les vea; los caballeros han de llevar los bultos en la mano. Los empleados no dan, pero reciben toda clase de propinas.

Dejemos este tren de lujo, que no está al alcance de todos, y vamos en el *miesto*, que se puede tomar á todas horas y en todas las iglesias.

Estación de salida: el oratorio de un palacio. Un jesuita reclinado sobre un sillón oye la confesión de una dama arrodillada sobre mullidos almohadones.

—No se aflija, hija mía.
—Padre, son muy grandes mis pecados.
—La misericordia de Dios es mayor. De modo que...

—Con mi primo, con mi cuñado y con el marqués de M... No recuerdo cuántas veces; han debido ser muchas.
—Vamos, su arrepentimiento la induce á exagerar... Piense en María Magdalena... Haga algo por Jesús, pobre y desvalido...

—Cinco mil duros para el noviciado de la Compañía...
—Pues yo te absuelvo... El cielo es de usted, duquesa.

Esto es tomar billete de primera.

Billete de segunda

Se toma en cualquier iglesia desde las seis de la mañana á las nueve. Todos los confesionarios son despachos.

—Ya la he dicho á usted que esto no puede seguir así.

—Pero, padre, hágase usted cargo: la casa, los hijos, mi marido cesante hace tres meses...

—Hija, la ley de Dios se ha de cumplir; yo no la he inventado.

—Sí, sí, reconozco que hago mal; quisiera enmendarme; pero veo enfrente la miseria, el desahucio, el hambre y la desnudez de mis hijos... Usted no comprende lo que sufre una madre...

—Todo lo que usted quiera; pero la moral cristiana es lo primero. ¿Y su marido no sospecha?...

—Creo que no; le digo que me lo manda mi hermana.

—¿Y cuánto le da á usted ese señor cada vez que?...

—Cinco duros; yo misma puse el precio.

—¿Y de eso no invierte usted nada en buenas obras, en misas, por ejemplo?...

—No me atreva; como es un dinero ganado así...

—¿Qué candidez! El dinero es bueno ó malo según el uso que de él se hace... Si cada vez, de esos cinco duros, usted, como cristiana...

—Sí, tiene usted razón; tome usted dos duros para misas; el sábado, cuando venga, le daré otros dos...

—Váyase tranquila; hay males necesarios. Yo te absuelvo...

Este es billete de segunda.

III

Billete de tercera

Se despacha en una iglesia de aldea que es estación de quinta clase. Se toma en la sacristía.

—¿Cuándo me vas á devolver la fanega de trigo que te presté?

—Señor cura, no he podido; la cosecha fué mala.

—Siempre decís lo mismo.

—La contribución nos arruina...

—Paciencia; así se gana el cielo.

—Yo quería pedirle á usted un favor...

—Que me prestase usted un pan.

—¡Otra vez!... ¿Sigue tu marido en la siega?

—Sí, señor.

—Bueno, á la tarde te lo llevaré; procura estar sola; pero cuando amases me has de devolver dos.

—¿Y no será pecado lo que hacemos?...

—Vive tranquila; el cielo es para ti.

Este es billete de tercera.

FRAY GERUNDIO

Recordatorio

No son los católicos los llamados á sentenciar contra las crueldades cometidas en el movimiento sedicioso favorable á cualquier idea. Más lo serían los animales feroces, que nunca se ensañan con los de su misma especie. Leones, tigres, leopardos, hienas, no se devoran entre sí; no se juntan en manadas para destrozarse á título de un principio religioso emanado de Dios, como ha hecho la Iglesia desde sus primeros tiempos.

Los albigenses, los arrianos, los hugonotes y cuantas agrupaciones humanas se tomaron la libertad de opinar fuera del círculo dogmático trazado por la Iglesia católica, fueron destruidos por esa misma Iglesia, usando del hierro y del fuego. Hasta las cenizas aventó, para que no quedase sobre la faz de la tierra ni señal de sus contrarios. Sólo se satisfacía con el exterminio; y en nuestros tiempos, cuando puede, emplea el mismo procedimiento bestial, permaneciendo agachada en acecho de la ocasión propicia al despliegue de todas sus fuerzas, codiciosas de dominación y avaras de sangre.

Ahora se están relamiendo, por haber gustado la caliente que corre al pie de un cadalso no desmontado todavía en espera de otras ejecuciones. Saboréanla con delectación mística; es propio de ellos, y no hay en toda la fauna, ni entre los seres carnívoros más inferiores, ni entre los murciélagos vampiros, una criatura mortal tan cobarde y tan religiosa que pueda deglutir placidamente el jugo rojo de un semejante suyo y elevar al mismo tiempo una plegaria al Dios del amor, y de la piedad. Esto se queda para los hombres, y entre los hombres, para los católicos, que saben conciliar los tormentos inquisitoriales con las máximas de Jesucristo.

Los que para justificar su odio al género humano y sus ferocidades no vacilaron en atribuir á su Dios la más alta investidura de inquisidor (véase á Páramo) y declararon que el Cristo vino á la tierra con objeto de implantar el Santo Oficio, y que le secundaron los dos más calificados apóstoles, son monstruos de aberración, á quienes la humanidad no debería dar cuartel, ó, por benigna providencia, debería recluirlas en parajes desiertos, fuera de todo trato humano, considerándolos más temibles que los locos y los animales dañinos.

La alianza del sacerdocio y la monarquía, contubernio de potestades explotadoras de la humanidad, ha sido el mayor obstáculo para la dicha de los hombres, porque los ha sometido con el miedo que imponen las divinidades y con la fuerza del poder civil.

Ya hemos citado en otro número las matanzas de albigenses hechas por el conde de Monfort, aunque sin especificarlas, en el Languedoc. Todos los habitantes de Beziers fueron pasados á cuchillo. En Laval murieron quemados de una vez cuatrocientos de aquellos hombres que sólo habían cometido un delito de opinión. A estos horrores dió margen con su preeminente influjo evangélico el admirable padre Santo Domingo, que nombró inquisidor del Languedoc al citado conde y guerrero. La sarracina fué aprobada por el papa Honorio III, y el nombrado Páramo la tuvo por «un espectáculo solemne».

Bajo la dominación de los Reyes católicos se expulsó á los judíos, en número aproximado á un millón, dejándoles salir de España con lo puesto y con todas las mercaderías que poseyeran, pero sin un ducado. ¡Y qué tal se cumpliría la orden respecto de ambas cosas, cuando la mayor parte de los desterrados fallecieron de hambre y de fatiga en su éxodo sin igual! Justo era que, habiendo ellos fomentado nuestro comercio, y no perteneciendo á la religión que había alterado la paz y distraído las energías sociales en el turbulento período gótico de nuestra historia, fuesen condenados á morir lejos de su patria, desnudos y hambrientos. Para eso eran judíos.

Todo lo que vamos relatando y lo que relataremos después, conociendo de sobra las cultas inteligencias; pero suele enmohecer la memoria el poco uso que de ella se hace en épocas tan dichosas cual la presente, y sólo como recordatorio insertamos estos apuntes.

¿Quién no sabe, por ejemplo, cómo fué asesinado el calvinista Gaspar de Coligny, el 24 de Agosto de 1572, á instigación del Duque de Guisa, Enrique I de Lorena? ¿Y quién ignora que este mismo Duque fué el alma negra de la San Bartolomé, que tuvo por cómplice á Catalina de Médicis, por brazo al asesino Maurevel y por testamento al mismísimo rey de Francia?

En una noche, la religión y la realceza, puestas de acuerdo entre las sombras de sus cubiles, decretaron la matanza y mandaron ejecutarla á sus esbirros; y en la misma noche, los esbirros, sueltos por la ciudad como una legión del averno, mataron, incendiaron, exterminaron á hombres, mujeres y niños en nombre del Dios de la misericordia, por considerarlos reos de un delito de opinión. Ellos, como los albigenses, como los maniqueos y los arrianos, no eran culpables de atentar contra el orden establecido, contra el fundamento social, humano, por mejor decir; no robaban ni mataban; eran hombres, sencillamente, que creían tener el derecho de interpretar las Escrituras á su modo.

Pues este mismo duque, apadrinador de Maurevel y organizador de la hecatombe, fué por ambas infamias muy popular entre los católicos de su siglo. Sí; todas las alimañas catolicísimas le rindieron tributo de admiración. No fué un energúmeno excepcional; fué el más distinguido de todos los energúmenos, y supo representarlos maravillosamente.

Como fué Torquemada quien mejor supo encarnar la bárbara y cruel intransigencia del catolicismo, según lo prueban las 105.294 víctimas que bajo su poder sucumbieron en los diez y ocho primeros años de su dominación.

Tampoco era un caso aislado de vesania religiosa el de este feroz dominico, cuyo nombre de Torquemada parece un símbolo del oficio que desempeñó. Siguiéronle otros muchos, y su tarea fué autorizada por los piadosos Reyes Católicos, amables y píos.

Ahora bien; ¿vamos á recorrer todos los caminos reales, todas las sendas de la Historia donde la sangre inocente fluye en arroyos hacia el mar en que se han ahogado las grandes ideas? ¿No tenemos recientes las guerras civiles emprendidas contra la libertad para desterrarla de nuestro suelo? ¿No están en la memoria de todo el mundo aquellos fatídicos curas que se entregaron al pillaje, al bandolerismo, al asesinato en masa y al restablecimiento de la barbarie inquisitorial? ¿No aserraban los cuerpos, sacaban los ojos, achicharraban los miembros? ¿No fusilaban al padre en presencia del hijo y al hijo en presencia del padre? ¿Y no violaban á las mujeres delante de sus parientes?

¿No hemos visto con nuestros propios ojos esas repugnantes y desgarradoras escenas en una época relativamente culta, y no resuenan aún en nuestros oídos los angustiosos lamentos de los sacrificados por los defensores de la fe? ¿No hemos visto los horrores de la entrada á saco en los pueblos señalados por el dedo de Dios? ¿Necesitamos estudiar en tiempos lejanos y en hombres de otros días ese furor espantoso de epiléticos que acabaría con la humanidad de no irle nosotros á la mano con la camisa de fuerza?

Lo más notable es que todas las violencias y crueldades de esos locos furiosos han sido contraproducentes, según lo que éstos se proponían, al parecer, de todas ellas ha salido el principio que defienden manchado, desnaturalizado, horrible y odio-

so; la religión de Cristo está desconocida, espanta, y tal como la vemos, secuestrada por sus sacerdotes, cubierta de lodo y sangre, estorba á los pueblos en su caminar progresivo.

Y la libertad sale más limpia, más adorable de los combates que para entronizarla libramos sus amadores. En esas lides sólo caen los buhos, sólo se arruina el imperio de la mentira.

BENIGNO PALLOL

Párrafos sueltos

El trabajo es la vida misma, la vida en su continua labor de las fuerzas químicas y mecánicas.

Desde el primer átomo que se puso en movimiento para unirse á los átomos cercanos, la gran labor creadora no ha cesado, y esta creación que continúa, que continuará siempre, es como la tarea misma de la eternidad, la obra universal á que venimos todos á traer nuestra piedra.

El Universo ¿no es un inmenso taller en que jamás se huelga, en que los infinitamente pequeños hacen cada día una gigantesca labor, en que la materia obra, fabrica, engendra sin descanso, desde los simples fermentos hasta las criaturas más perfectas?

Los campos que se cubren de mieses, trabajan; los bosques, en su pausado crecimiento, trabajan; los ríos, corriendo en el fondo de los valles, trabajan; los mares, haciendo rodar sus olas de uno en otro continente, trabajan; los mundos, que son llevados por el ritmo de la gravitación á través de lo infinito, trabajan.

No hay un sér, no hay una cosa que pueda inmovilizarse en la ociosidad; todo va arrastrado, atado á su tarea, obligado á poner su parte en el común empeño. Quien quiera que no trabaja, desaparece por eso mismo, rechazado como estorbo inútil, y ha de ceder el puesto al trabajador necesario, indispensable.

Tal es la única ley de la vida, que no es, en suma, más que la materia trabajando, una fuerza en perpetua actividad, el dios de todas las religiones para la obra final de la dicha, cuya imperiosa necesidad llevamos en nosotros.

¡Y qué admirable regulador es el trabajo, que orden trae consigo donde quiera que reina! ¡Es la paz, la alegría, como es la salud!

Me siento confundido cuando le veo despreciado, envilecido, mirado como un castigo y una vergüenza. Si me salvó de la muerte segura, me ha dado además todo lo que hay en mí de bueno; me ha devuelto una inteligencia y una nobleza.

¡Y qué admirable organizador es, cómo regula las facultades de la inteligencia, el juego de los músculos, el papel de cada grupo en una multitud de trabajadores! Por sí solo sería una constitución política, una policía humana, una razón de ser social.

Sólo nacemos para la colmena; no trae más cada uno que su esfuerzo de un instante; no podemos explicar la necesidad de nuestra vida, sino porque la naturaleza ha menester un obrero más para su obra. Toda otra explicación es orgullosa y falsa.

Las vidas individuales parecen sacrificadas á la vida universal de los mundos futuros. No hay felicidad posible si no se pone en la felicidad solidaria de la eterna labor común.

Por eso yo quisiera que al fin se fundara la religión del trabajo, el hosanna al trabajo salvador, la verdad única, la salud, la alegría, la paz soberana.

EMILIO ZOLA

La máscara de la virtud

Aquel engendro se agarraba á la vida como un desesperado. No quería abandonar el claustro materno, á pesar de las papeletas de desahucio que escribía el médico y despachaba el boticario.

El Hipócrates se declaró impotente diciendo: Pueden usarse medios más energícos; pero se comprometería seriamente la existencia de la madre.

No, no; eso de ninguna manera. La marquesa se encomendaba unas veces á las once mil vírgenes y se daba otras á cien mil demonios; pero, á pesar de todo, la cosa seguía su curso natural y no se presentaba más solución que la de esperar que pasaran los nueve meses.

La marquesa renegaba, no del pecado, sino de la impremeditación y del descuido, prometiendo ser más prudente en las cadenas sucesivas. Ya se temía aquellos resultados; pero é...

¿Y quién era él? Esta era la circunstancia agravante; él era el cochero de la señora; un asturiano tan desarrollado de cuerpo como escaso de inteligencia.

Si aquello se superara! La marquesa era una jamona muy apetitosa, morena y regordeta, graciosa y vivaracha; presidía una infinidad de Asociaciones

religiosas, hacía dos años que estaba viuda y se la citaba como ejemplo de honestidad y recogimiento.

Si aquello llegara á saberse era cosa de suicidarse. Pero no, el remedio de todo está en el dinero y la marquesa era muy rica.

El causante de todas aquellas inquietudes se mostraba satisfecho de su obra y pensaba en una segunda parte, olvidando ó ignorando aquello de que nunca segundas partes fueron buenas.

Y así pasó el tiempo para todos y se cumplió el plazo impuesto por la Naturaleza.

Se habían tomado las mayores precauciones, y apenas salió al mundo aquel desventurado fué envuelto en una sábana y entregado al cochero para que hiciera de él lo que creyera conveniente, advirtiéndole, sin embargo, que lo más práctico y más hacedero sería arrojarlo al río ó dejarlo en el primer portal que encontrase abierto.

¡Cargó el asturiano con el fardo, y mientras caminaba empezó á recordar su infancia, los cuidados que costaba á su pobre madre el mantenerlo y vestirlo, la abnegación con que trabajaba su padre y la ternura con que lo abrigaba entre sus brazos en las heladas noches de invierno. Sintió que se humedecían sus ojos, y al oír que el recién nacido lloraba lo apretó contra su pecho y recordó que una paisana suya había perdido un niño de pecho dos días antes.

El cochero pensó que dando una pequeña cantidad á la pobre mujer se encargaría muy gustoso de la crianza del niño y la ternura con que lo abrigaba entre sus brazos en las heladas noches de invierno. Sintió que se humedecían sus ojos, y al oír que el recién nacido lloraba lo apretó contra su pecho y recordó que una paisana suya había perdido un niño de pecho dos días antes.

El padre quiso conocer aquel aristocrático retoño y cuando lo hubo destapado volvió los ojos horrorizado: era un pequeño monstruo.

Dió el dinero que llevaba á la improvisada madre, prometiéndole mucho más, y se apresuró á retirarse diciendo para sus adentros: «Todas las picardías que ha hecho la marquesa por deshacerse del muñeco han quedado impresas en su cuerpo.»

A las dos semanas no se acordaba de semejante cosa.

En cuanto á la marquesa, no le preocupó ni un solo momento; se repuso rápidamente y reanudó sus devociones y sus rezos, inaugurando la temporada con una novena á la Virgen de la Cinta, que la había sacado de tan mal paso.

¡Es un consuelo que haya en el cielo quien se cuide de remediar los tropezones que se dan en la tierra!

**

El pequeño monstruo era un sér raquítico y enfermizo.

La mujer que se había hecho cargo de él cerraba los ojos para no verlo cuando lo daba de mamar. De vez en cuando iba á visitar al cochero de la marquesa, al padre de la criatura, y obtenía como limosna algunas monedas de plata.

—Si no fuera por esto—decía—mi marido lo arrojaría al arroyo.

El cochero se encogía de hombros, sin mostrar nunca el más pequeño deseo de conocerlo. La marquesa no sabía que existía su descendiente. La culpa había pasado desapercibida y esto era lo importante.

Así pasaron algunos años.

Un día dijo el marido de la nodriza:

—Tenemos algunos ahorros, lo suficiente para pasar el resto de nuestros días en nuestra tierra, y he pensado que nos marchemos.

—¿Y qué haremos del niño? ¿Lo llevaremos con nosotros?

—De ningún modo! ¿De qué nos serviría?

—De nada; pero me da lástima; ¿qué va á ser de esa pobre criatura?

—Según dijo Domingo, es hijo de una gran señora; que ella se cuide de él.

—No querrá. Lo llevaremos al Hospicio.

—No puede ser. Nos harían mil preguntas y quién sabe si nos meterían en un lío.

Se fueron y se lo dejaron en la casa. El cochero estaba de viaje.

El niño vagó por las calles, pidió limosna, y, rendido por el frío y por el hambre, se sentó en el quicio de la puerta de la iglesia.

Al día siguiente el sacristán se lo encontró helado.

**

Los periódicos elogiaban el desprendimiento de la marquesa. Las revistas ilustradas publicaban su retrato, colmándola de elogios.

Había regalado á la Virgen de Amor Hermoso una diadema de incomparable belleza.

La hermandad de señoras vigilantes de la pureza de costumbres, la había nombrado su presidenta honoraria.

Y en verdad que era digna de presidir semejante corporación.

J. AMBROSIO PÉREZ

Libros en venta

DE CINCO PESETAS

La Iglesia y la moral, por Laurent. Moral jesuítica, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

DE TRES PESETAS

Coba, por Luis Bonafoux.

Imprenta de D. Blanco. Libertad, 31